

LEISA

diciembre 2021
volumen 37,
número 2



revista de **AGROECOLOGÍA** - edición especial

Agroecología y feminismo: transformando economía y sociedad



volumen 37 n° 2,
edición especial
diciembre de 2021

Publicación de la **Asociación Ecología,
Tecnología y Cultura en los Andes.**

Dirección:

Asociación ETC Andes

Av. 6 de Agosto 589, dpto. 306.

Jesús María, Lima 15072, Perú.

Teléfono: +51 1 4233463

www.leisa-al.org

**Equipo editor de LEISA-América
Latina:**

Ana Dorrego, Teobaldo Pinzás

leisa-al@etcandes.com.pe

Apoyo documental y página web:

Doris Romero

Suscripciones y relaciones públicas:

Cecilia Jurado

Diseño y diagramación: Carlos Maza

de portada: Nicté Martínez Reyes
(ver LEISA 36-1, pp. 18-20)

ISSN: 1729-7419

LEISA revista de agroecología 37-2 ha sido posible gracias al apoyo de la Fundación McKnight, una organización familiar con sede en Minnesota, Estados Unidos de Norte América, que busca promover un futuro más justo, creativo y abundante donde las personas y el planeta puedan prosperar.

Esta edición especial consta de dos partes. La primera, "Agroecología y feminismo: transformando economía y sociedad", es la traducción al español de una selección de artículos de *Farming Matters*, publicación en inglés de la Red AgriCulturas (The AgriCultures Network), de la cual **LEISA** es miembro, y de CIDSE, hecha con la colaboración de Cultivate!. La segunda parte es un homenaje a Teresa Gianella, fundadora y editora principal de **LEISA** desde su inicio.

Los editores han sido muy cuidadosos en la traducción y edición de los artículos publicados en la revista. Sin embargo, las ideas y opiniones contenidas en dichos artículos son de entera responsabilidad de los autores. Invitamos a los lectores a que compartan los artículos de la revista. Si es necesaria la reproducción total o parcial de algunos de estos artículos, no olviden mencionar como fuente a **LEISA revista de agroecología**.

LEISA revista de agroecología es miembro de la **Red AgriCulturas (The AgriCultures Network)**, integrada por cuatro organizaciones responsables de la edición de revistas sobre agricultura sostenible de pequeña escala en todo el mundo:

- **LEISA revista de agroecología** (América Latina, en español)
- **LEISA India** (en inglés, canarés, tamil, hindi, telugu y oriya)
- **AGRIDAPE** (África Occidental, en francés)
- **AGRICULTURAS Experiencias en agroecología** (Brasil, en portugués)

En este número:

Agroecología feminista para la soberanía alimentaria: ¿de qué estamos hablando?

8

Marta Soler, Marta Rivera, Irene García Roces

Análisis y discusión del significado de los conceptos de agroecología, soberanía alimentaria y feminismo, en un mundo capitalista de relaciones patriarcales.

¿Puede la agroecología feminista ampliarse y extenderse?

15

Isabel Álvarez Vispo, Paola Romero-Niño

El escalamiento de la agroecología es necesario para avanzar hacia la soberanía alimentaria; sin embargo, cómo hacerlo es aún materia de debate. Este artículo revisa experiencias de escalamiento en el País Vasco y Colombia.

Agricultura altoandina en manos de las mujeres

21

Lidia Paz Hidalgo

Las mujeres lideran la recuperación de variedades de papa nativa y prácticas agroecológicas sostenibles, mejorando la alimentación de las familias rurales y de poblaciones urbanas vulnerables. Este artículo revisa la experiencia en Bolivia.

Más justicia a través de la agroecología en Uganda

27

Joshua Aijuka, Robert Guloba, Denis Okello, Mary Baganizi

Esta nota explora la aplicación de herramientas de reflexión culturalmente apropiadas con comunidades rurales del norte y este de Uganda. Para ello, se enfoca en los roles y responsabilidades en los hogares en relación con el acceso y propiedad de los recursos, y en la realización de prácticas agroecológicas.

Alma y corazón de LEISA. En recuerdo de Teresa Gianella

39



¡Feliz 2022!

Por la soberanía alimentaria y la equidad a través de la agroecología

archivos RAAA

Contenido

- 4** EDITORIAL **Agroecología y economía feminista: nuevos valores para nuevos tiempos**
Janneke Bruil, François Delvaux, Assane Diouf, Rose Hogan, Jessica Milgroom, Paulo Petersen, Bruno Prado, Suzy Serneels
- 8** PERSPECTIVAS **Agroecología feminista para la soberanía alimentaria: ¿de qué estamos hablando?**
Marta Soler, Marta Rivera, Irene García Roces
- 12** **La Cocina Emergente. “Alimentos para la vida” en Ecuador enfrentando a la covid-19**
Eliana Estrella, Marcelo Aizaga, Stephen Sherwood
- 15** **¿Puede la agroecología feminista ampliarse y extenderse?**
Isabel Álvarez Vispo, Paola Romero-Niño
- 17** **La ética del cuidado en la investigación agroecológica. Prácticas en el Sureste de México**
Diana Lilia Trevilla Espinal, Ivett Peña Azcona
- 21** **Agricultura altoandina en manos de las mujeres**
Lidia Paz Hidalgo
- 23** OPINIÓN **Hacia una agroecología feminista reparadora**
Rachel Bezner Kerr
- 24** **La agroecología alimenta el espíritu de la vida en la cosmología maya**
Juana Patricia Sanic, Manuela Elizabeth Telón, David Humberto Paredes, Felix Atonio Archila
- 26** OPINIÓN **Recuperando nuestras economías alimentarias indígenas**
Diane Wilson, Rowen White, Elizabeth Hoover
- 27** **Más justicia a través de la agroecología en Uganda**
Joshua Aijuka, Robert Guloba, Denis Okello, Mary Baganizi
- 30** OPINIÓN **De la alimentación local a los sistemas alimentarios justos**
Colin Anderson, Jessica Milgroom, Michel Pimbert
- 31** **Cosechando la liberación de las mujeres campesinas en Brasil**
Cleidineide Pereira de Jesús, Deborah Murielle Santos, Iridiani Graciele Seibert, Michela Calaça
- 34** **Mujeres que organizan la agroecología para la resiliencia en el Sahel**
Tsuamba Bourgou, Peter Gubbels
- 37** FUENTES
- 39** HOMENAJE **Alma y corazón de LEISA. En recuerdo de Teresa Gianella**
Varios autores

Agroecología y economía feminista: nuevos valores para nuevos tiempos

JANNEKE BRUIL, FRANÇOIS DELVAUX, ASSANE DIOUF, ROSE HOGAN, JESSICA MILGROOM, PAULO PETERSEN, BRUNO PRADO, SUZY SERNEELS

Los seres humanos estamos enfrentando las crisis más decisivas de nuestra experiencia en el planeta. Contrariamente a lo que a veces se sostiene, estas crisis no tienen su origen en la pandemia de covid-19; sino que están enraizadas en el agotamiento progresivo de los recursos naturales y las crecientes desigualdades propias de un sistema económico global que es insostenible. Es hora de aprender de otras maneras de hacer las cosas, otras cosmovisiones y otros valores.

Las crisis contemporáneas que enfrentamos tienen su origen en la sobreexplotación de la naturaleza para favorecer el beneficio individual. La alimentación industrial es un componente importante de este modelo y las consecuencias, demasiado familiares: degradación del suelo, pérdida de biodiversidad, deforestación, violaciones de los derechos de los pueblos indígenas y otras poblaciones, precariedad de los medios de vida rurales, condiciones de trabajo inseguras, cambio climático, obesidad y desnutrición como una espada de doble filo y una fuerte concentración de poder.

El sistema capitalista, patriarcal y colonialista ha dividido al mundo entre los que tienen y los que no tienen, aquellos cuyas voces son escuchadas y aquellos que son silenciados. Como resultado, las mujeres, los pueblos indígenas y la población negra (entre otros) han sido dejados de lado durante siglos. El brote de covid-19 ha amplificado, profundizado y puesto al descubierto estas desigualdades e injusticias preexistentes.

Al mismo tiempo, en muchos lugares se están desarrollando nuevas formas de ser y estar en el mundo. Ya es hora de que escuchemos (y aprendamos de) otras maneras de hacer las

cosas, otras cosmovisiones, otras formas de organizar la sociedad, otros valores; precisamente esos que han sido silenciados. El mundo necesita nuevos valores y nuevos liderazgos en estos tiempos cambiantes. Estamos en un momento crucial; las decisiones que tomemos ahora podrían llevarnos por un camino de destrucción, pero igualmente podrían conducirnos hacia un renacimiento.

Este número de **LEISA revista de agroecología** –que traduce del inglés artículos publicados previamente en *Farming Matters* 36(1)– pone de relieve cómo perspectivas como el feminismo interseccional y las cosmologías indígenas, junto con la agroecología, han estado transformando nuestra economía y nuestra sociedad. Estos conocimientos proporcionan lecciones pertinentes para la búsqueda de una transformación más profunda y necesaria.

Agroecología: un nuevo contrato social y natural

Para responder adecuadamente a la avalancha de crisis (climática, de biodiversidad, alimentaria, económica, de pandemia sanitaria), se necesita un nuevo “contrato social” basado en valores de justicia, equidad y solidaridad, combinados con un nuevo “contrato natural” entre la

comunidad humana y los demás seres de nuestro planeta. En CIDSE, la Red AgriCulturas y Cultivate! compartimos una visión común de la agroecología como un enfoque sistémico e integrado que, a nivel de los sistemas alimentarios, es la expresión de este nuevo contrato. Lo que queda claro es que la agroecología es un enfoque holístico que debe adoptarse como tal, en lugar de reducirse a un conjunto de prácticas. Por esta razón, *Los principios de la agroecología* de CIDSE (Gauthier y Pavarotti, 2018) enfatizan las dimensiones socioculturales, ecológicas, económicas y políticas de la agroecología, de manera similar a *Los 10 elementos de la agroecología* de la FAO (2018).

El reconocimiento mundial de que los enfoques agroecológicos tienen un gran potencial para cumplir con los múltiples criterios necesarios para lograr un sistema alimentario y nutricional sostenible se expresa en el informe del Panel de Expertos de Alto Nivel sobre Seguridad Alimentaria y Nutrición (HLPE por sus siglas en inglés) de 2019, sobre “enfoques agroecológicos y otros enfoques innovadores de la seguridad alimentaria y nutricional”. Hoy, más conscientes de la fragilidad de los sistemas alimentarios y agrícolas tradicionales, a causa de la exposición hecha por la pandemia,



La agroecología, la soberanía alimentaria, la economía solidaria y el feminismo son movimientos alineados que trabajan para construir otras formas de ser en el mundo (ver p. 21). ■ CENDA, Bolivia

los gobiernos y otros actores de la agricultura y la alimentación miran y consideran de nuevo a la agroecología como un modelo de resiliencia.

Al promover la reconexión de la agricultura con la dinámica ecológica de los ecosistemas locales y el acortamiento de las distancias físicas y sociales entre la producción y el consumo de alimentos, las experiencias agroecológicas señalan la importancia de construir “territorios alimentarios” basados en la regeneración ecológica, la equidad social y la política. En lugar de un productivismo económico centrado en la acumulación de capital, la agroecología ancla la economía en prácticas de solidaridad social y cuidado del ecosistema vivo.

Esto incluye prácticas guiadas hacia la reproducción social y ecológica que siempre han estado y siguen estando, prácticas que son generales a toda la humanidad, pero que han sido deslegitimadas, invisibilizadas e, incluso, perseguidas por las instituciones políticas. La reconstrucción de una gobernanza justa y democrática de los sistemas agroalimentarios arraigados en las

economías del cuidado es lo que los movimientos agroecológicos han estado practicando y defendiendo durante décadas.

¿Por qué el feminismo en la agroecología?

La agroecología, la soberanía alimentaria, la economía solidaria y el feminismo son conceptos y movimientos alineados en su afán de trabajar por construir otras formas de ser y estar en el mundo, y reformular las relaciones de poder. El feminismo cuestiona las estructuras sistémicas de poder que dictan las relaciones sociales. Los movimientos que promueven la agroecología y la soberanía alimentaria cuestionan las estructuras de poder que controlan la producción, la distribución y la comercialización de alimentos. Surgieron en respuesta a las injusticias ambientales y sociales que han resultado del capitalismo patriarcal. Sin embargo, los problemas son más profundos: el éxito mismo de ese modelo depende de la industrialización del sistema alimentario (por el cual el control de los alimentos no está en manos de la gente) y, en diversos grados, de la subordinación de las mujeres. En muchos países, las productoras

de pequeña escala producen la mayor parte de los alimentos, pero pocas son propietarias de la tierra que cultivan. Muchas no tienen acceso a servicios públicos y carecen de derechos básicos. La remoción de bosques, humedales y ecosistemas silvestres para el cultivo anual elimina los hábitats de los que las mujeres obtienen alimentos, medicinas, energía y biodiversidad aún no aprovechada para futuras oportunidades. Las mujeres tienen muy poca voz en la toma de decisiones, mientras que sus conocimientos tradicionales y el respeto de la sociedad por ellos se están perdiendo rápidamente. Durante siglos, las mujeres han sido relegadas a la realización de trabajos duros en el campo, a la preparación de alimentos en la cocina, a la crianza de los hijos e hijas y a las tareas del hogar, así como a los deberes sexuales. En las zonas rurales, especialmente, han sido en gran parte excluidas de los espacios políticos, de la educación, de la toma de decisiones e incluso de socializar libremente y tomar decisiones sobre sus propios cuerpos.

En la sociedad moderna, se considera que “lo productivo” es lo que genera ingresos y contribuye al crecimiento



Ngurani Simon y su hijo, agricultores de Katakwi, Uganda, trabajan en los huertos de cítricos durante las vacaciones escolares (ver p. 27).  PELUM, Uganda

económico. Sin embargo, para que esta productividad sea posible, es necesario un trabajo “reproductivo” que lo sostenga como cocinar, limpiar, lavar la ropa, comprar o producir alimentos, cuidar y apoyar emocionalmente, así como nutrir a la comunidad y a las redes sociales. Esto, en su mayor parte, es un trabajo de mujeres y ha permanecido invisible y subestimado a pesar del aumento de la igualdad de género en el mundo.

Por todo lo anterior, el feminismo es mucho más que igualdad de género. Una perspectiva feminista de la agroecología implica no solo crear espacios para que las mujeres obtengan al menos las mismas condiciones y derechos que los hombres, sino también revalorizar el trabajo reproductivo que ellas realizan y reconocerlo como parte fundamental de la economía, así como del bienestar cotidiano de la familia y la comunidad. Una perspectiva feminista de la agroecología también implica que los hombres asuman más responsabilidades en el trabajo reproductivo. La agroecología

feminista sitúa los valores de la vida, las relaciones, la confianza, el cuidado y el equilibrio en el centro del sistema alimentario. Por esta razón, más allá de reconocer que las mujeres poseen conocimientos y un saber-hacer fundamentales para la agroecología, muchos defensores de los movimientos por la agroecología y la soberanía alimentaria han abrazado al feminismo como un elemento inalienable en la lucha por un sistema alimentario mundial justo y sostenible.

Sobre la presente edición

En este número de **LEISA**, estos mensajes se transmiten a través de las experiencias vividas por hombres y mujeres de todo el mundo. Luchar contra la invisibilidad de las prácticas económicas cooperativas y de las prácticas de cuidado hacia los demás y hacia el ecosistema vivo es un desafío central para la construcción de la agroecología. La construcción de redes y movimientos surge como nodo crucial del cambio. En Bolivia (p. 21) las mujeres campesinas han jugado un papel clave en la recuperación

de variedades autóctonas de papa, lo que muestra cómo se pueden fortalecer las capacidades innovadoras de las mujeres cuando se juntan.

La lección clave de décadas de trabajo en el Sahel (p. 34) es que es posible fortalecer la posición económica y política de las mujeres a través de la agroecología, pero solo cuando esta va acompañada de una mejora en la nutrición, en la gobernanza local y en la inclusión de miembros marginados de la comunidad. De hecho, para evitar la reproducción de patrones no deseados de exclusión e injusticia es necesario un trabajo más intencional en la construcción de redes, basado en la solidaridad y en alianzas con personas de diferentes orígenes, como reflexionan autores del Centro de Agroecología, Agua y Resiliencia del Reino Unido (p. 30). En palabras de Rachel Bezner Kerr (p. 23), para lograr una agroecología feminista “debemos poner las consideraciones de justicia social en el centro”.

Pero, ¿cómo se hace? Es importante destacar que las experiencias presentadas en esta revista muestran una reflexión de los agricultores sobre sus realidades y condiciones cotidianas, que puede servir como catalizador para abordar las desigualdades generadas por el patriarcado y la agricultura industrial. Existe una gran disparidad en lo que respecta a la inclusión social. En Uganda (p. 27), por ejemplo, se ha utilizado una metodología de visualización que combina cuestiones de género y agroecología para crear conciencia y cambiar la (desigual) división del trabajo entre hombres y mujeres. Como lo demuestra el Movimiento de Mujeres Campesinas en Brasil (p. 31), las realizaciones de tales reflexiones pueden formar una base para unir a las mujeres en movimientos que sean capaces de cambiar las políticas gubernamentales. Sin embargo, involucrarse en la política puede ser un esfuerzo

riesgoso. Experiencias con el escalamiento de la agroecología (p. 15) aclaran cómo este proceso es vulnerable a la cooptación y puede excluir a las mujeres que fueron las protagonistas originales de las iniciativas agroecológicas.

La centralidad del cuidado en una agroecología feminista se destaca en diferentes artículos. Las iniciativas alimentarias en Ecuador (p. 12) muestran que el cambio no solo surge al hacer la producción más agroecológica, sino también al cultivar la afinidad entre las personas y sus alimentos, especialmente en tiempos de la pandemia de covid-19. En otro artículo, académicas mexicanas (p. 17) presentan un caso similar para el mundo científico, argumentando que el conocimiento agroecológico no solo debe enfocarse en la teoría abstracta, sino también en las experiencias encarnadas y las relaciones afectivas entre investigadores, campesinos y pueblos indígenas. Como lo explican los autores de la red de agroecología REDSAG en Guatemala (p. 24) y de la Alianza por la Soberanía Alimentaria de los Nativos Americanos (Native American Food Sovereignty Alliance) (p. 26), una ética tan sofisticada que resalta el cuidado de la naturaleza y de los otros a menudo está inserta en las cosmovisiones indígenas. Estas cosmovisiones forman un punto de entrada para inspirar la construcción de una agroecología feminista y revalorizar el trabajo de las mujeres campesinas e indígenas en el presente.

Haciendo el cambio

Los artículos presentados nos permiten vislumbrar cómo la agroecología, como nuevo contrato social y natural basado en la justicia, la equidad, la solidaridad y la armonía con la naturaleza, se está desarrollando a través de experiencias concretas en diferentes partes del mundo. Este contrato debe ser adoptado para proporcionar respuestas adecuadas a la crisis estructural

de una sociedad que se dirige al colapso. En ese sentido, la pandemia nos ha mostrado el valor y la importancia de una alimentación y una agricultura resilientes y diversas basadas en la ética feminista del cuidado y la solidaridad.

La agroecología feminista sitúa la vida, las relaciones, los cuidados y el equilibrio en el centro del sistema alimentario

En todo el mundo, las personas que producen sus propios alimentos o forman parte de las redes alimentarias locales son mucho menos vulnerables que las que dependen únicamente de los mercados (globales) y las cadenas largas de valor. La gente está (re)descubriendo el placer de la comida casera, valorando los productos frescos y saludables de los agricultores locales más que la comida de los supermercados. Las organizaciones de agricultores han establecido rápidamente sistemas de entrega directa. Se están forjando nuevas relaciones entre las zonas rurales y urbanas para evitar el hambre en las ciudades y salvar a las pequeñas empresas. Sin embargo, los gobiernos no suelen apoyar estas iniciativas de las organizaciones de base. Además, existe el riesgo de que la pandemia se utilice para afianzar aún más la globalización de la alimentación.

Por lo tanto, a pesar de la creatividad que la gente ha desplegado frente a la covid-19, los ajustes parciales que continúan dependiendo del *statu quo* político y económico son inadecuados. Las economías no pueden seguir organizándose

como si las personas fueran una fuente de mano de obra barata y los ecosistemas, proveedores inagotables de recursos y un sumidero infinito de residuos. Tenemos que trabajar hacia la transformación de las economías y sociedades de manera que se integren orgánicamente en la dinámica ecológica del planeta. Para apoyar y acompañar la agroecología, deben cambiar los valores que subyacen a las prácticas, las políticas y la investigación en la alimentación y la agricultura. Esto requiere un cambio de paradigma fundamental. Por lo tanto, la pandemia puede verse como una prueba: ¿la generación actual es capaz (y está preparada) para hacer ese cambio? ●

Referencias

- Gauthier, J., y Pavarotti, V. (Eds.) (2018). *Los principios de la agroecología*. Bruselas: CIDSE. Disponible en https://www.cidse.org/wp-content/uploads/2018/04/ES_Los_Principios_de_la_Agroecologia_CIDSE_2018.pdf
- FAO (2018). *Los 10 elementos de la agroecología*. Roma. Disponible en <https://www.fao.org/publications/card/es/c/19037ES>.

Paulo Petersen
Bruno Prado

AS-PTA, Brasil/Red AgriCulturas.

Assane Diouf

IED Afrique, Senegal/Red AgriCulturas.

François Delvaux
CIDSE.

Rose Hogan
Trocaire/CIDSE.

Suzy Serneels
Broederlijk Delen/CIDSE.

Janneke Bruil
Jessica Milgroom
Cultivate!

Los autores conforman el equipo editorial de Farming Matters 36(1), publicada en inglés. Este número especial de LEISA traduce una selección de los trabajos incluidos ahí.



Equidad de género en el trabajo agroecológico. ■■ Silvio Moriconi

Agroecología feminista para la soberanía alimentaria: ¿de qué estamos hablando?

MARTA SOLER, MARTA RIVERA, IRENE GARCÍA ROCES

Agroecología, soberanía alimentaria y feminismo son conceptos que promueven una nueva perspectiva crítica sobre la alimentación y la agricultura. Pueden ayudarnos a entender el mundo y llevarnos a la acción, pero ¿qué significan exactamente? Aquí se presentan tres propuestas críticas.

Soberanía alimentaria, agroecología y feminismo son grandes palabras que asociamos a luchas y proyectos políticos complejos y en construcción que podemos sentir cerca o lejos de nuestras vidas cotidianas. Se trata de propuestas políticas múltiples y diversas según quién, dónde y cómo las defina. Y lo son aún más cuando se mezclan, así que tendríamos que nombrarlas en plural: las soberanías alimentarias, las agroecologías y los feminismos. Son

horizontes a los que queremos llegar, que nos aportan ilusiones y nos regalan también una mirada nueva y crítica, unas gafas de color rojo, verde y violeta, para comprender y analizar el mundo. También nos impulsan a la acción (o eso querríamos).

¿Conviven juntas fácilmente estas tres palabras? Lo que es seguro es que demasiadas veces chocan con las crueles realidades que nos atraviesan en el día a día. Aspiramos a la

soberanía alimentaria a través de una agroecología feminista, pero vivimos rodeadas de agricultura industrializada y alimentación globalizada en un mundo capitalista y patriarcal, de empleos y vidas precarias, con productos en los mercados que pueden no ser los más justos ni ecológicos, compras en el súper más cercano y asequible, y pasando el mínimo tiempo en la cocina porque no tenemos tiempo. En estas contradicciones vivimos.

¿La soberanía alimentaria es feminista?

La soberanía alimentaria nace de La Vía Campesina (ver recuadro) como propuesta política alternativa a la globalización agroalimentaria y se formula como el derecho de los pueblos a decidir y controlar de forma autónoma su alimentación a través de la agroecología campesina. La agroecología es una alternativa a la revolución verde que recupera y actualiza saberes tradicionales, maneja la biodiversidad con sabiduría y arte, ecologiza la producción de alimentos y la hace más social. Y es campesina porque gracias al conocimiento y el saber hacer de quienes cultivan, crían y elaboran alimentos se genera la autonomía.

La justicia social, tanto para quien produce los alimentos como para quien los consume, ha estado siempre en el corazón de la soberanía alimentaria. Podríamos pensar, por tanto, que la igualdad de género está también implícita, por lo que la soberanía alimentaria y, por extensión, la agroecología campesina son feministas. Sin embargo, en La Vía Campesina, las mujeres necesitaron crear una asamblea propia dentro de la organización para luchar por su participación y conseguir que los temas feministas se asumieran como temas de todas y todos. Las desigualdades de género continúan bien arraigadas en el mundo agroalimentario, en los campos, las familias y las cocinas de todo el mundo. No podemos, por tanto, asumir que la soberanía alimentaria y la agroecología campesina sean ya en sí mismas feministas.

El sesgo patriarcal de la agroecología y la soberanía alimentaria

La conquista de una alimentación agroecológica, soberana y feminista para nuestra vida cotidiana no va a ser fácil. Corremos el riesgo de construir una soberanía alimentaria patriarcal porque el patriarcado impregna nuestro mundo y orienta nuestra forma de vivir. La agroecología es un claro ejemplo de ello.

El enfoque agroecológico surge en la academia para analizar y transformar la agricultura industrializada, ignorando las cuestiones de género y sustentando su análisis en categorías asexuadas (agroecosistema, finca, biodiversidad...) o en categorías cargadas de relaciones desiguales de género que han sido ignoradas (familia, campesinado, comunidad...). La agroecología idealiza la agricultura familiar, la cultura campesina de las comunidades rurales y los saberes culinarios sin cuestionarse las relaciones de género profundamente desiguales que se esconden en las familias, las comunidades y las cocinas.

Este sesgo androcéntrico de la agroecología académica también está presente en su construcción práctica. Frecuentemente, cuando un técnico o investigador (o incluso una técnica o investigadora) acude a visitar una finca, busca o acepta hablar exclusivamente con “el cabeza de familia”; las mujeres, en la mayoría de los casos, son invisibles o consideradas como una “ayuda” y no como sujetos activos protagonistas de la transición y de los procesos agroecológicos. El técnico o la técnica casi siempre ignora la “división sexual del trabajo” y no se pregunta quién hace qué, con qué reconocimiento o en qué condiciones, ni tiene en cuenta las opiniones, necesidades y trabajos de las mujeres. Nos alegramos cuando las mujeres campesinas ganan

La Vía Campesina



La Vía Campesina es un movimiento internacional que reúne a millones de campesinos, agricultores pequeños y medianos, sin tierra, jóvenes y mujeres rurales, indígenas, migrantes y trabajadores agrícolas de todo el mundo. Construida sobre un fuerte sentido de unidad, la solidaridad entre estos grupos defiende la agricultura campesina por la soberanía alimentaria como una forma de promover la justicia social y la dignidad, y se opone fuertemente a los agronegocios que destruyen las relaciones sociales y la naturaleza. La Vía Campesina cuenta con 181 organizaciones locales y nacionales en 81 países de África, Asia, Europa y América. En total, representa a unos 200 millones de agricultores.

<https://viacampesina.org/es/la-via-campesina-la-voz-las-campesinas-los-campesinos-del-mundo/>

protagonismo en la agroecología, en la producción o la comercialización, pero ¿nos preguntamos qué sobrecarga de trabajo sufren para poder estar en estos lugares? ¿Han conseguido negociar el reparto de tareas domésticas para poder participar en la vida pública y económica? No en todas las fincas agroecológicas la toma de decisiones incluye a hombres y mujeres. Y si los mercados agroecológicos se llenan de mujeres comprando, nos parece normal y no nos preguntamos quién va a decidir los menús saludables ni quién va a cocinar esas ricas comidas con alimentos frescos que implican horas de elaboración. En ocasiones caemos en la contradicción de querer visibilizar estos trabajos y terminamos ensalzando las responsabilidades tradicionales femeninas como exclusivamente nuestras sin reclamar cambios y repartos justos.



Compañeras. ■ Tim Russo



No podemos asumir que la agroecología es en sí misma feminista. ■ ENDA Pronat



Mercado de agricultores en España. ■ Autoras

Una agroecología que garantice una vida digna de ser vivida

Hoy es muy difícil vivir del campo y muchos proyectos agroecológicos fracasan porque implican mucha precariedad, tanto por la falta de ingresos como por la excesiva carga de trabajo.

En la mayoría de los casos no damos importancia a temas como la viabilidad económica, que en la práctica significa conseguir diseñar proyectos agroecológicos realistas que generen remuneración digna y permitan vivir dignamente trabajando en el campo. Esta precariedad laboral (la falta de salarios dignos, de cotización, de derechos laborales, las altas cargas de trabajo...) afecta principalmente a las mujeres que, además del trabajo remunerado, tienen que asumir los trabajos de cuidados, también en las iniciativas agroecológicas. Una agroecología feminista debe cuestionarse cómo construir propuestas agroecológicas viables que colectivicen los trabajos de cuidados y cómo conseguir ingresos dignos para el campesinado, además de precios asequibles para las personas consumidoras en condiciones de precariedad.

Todas estamos contaminadas por el machismo y reproducimos violencias, relaciones de poder, roles, etc. ¿Se saben manejar los conflictos y las emociones en los proyectos

agroecológicos? Las relaciones patriarcales están presentes tanto en el mundo rural como en el mundo urbano y, por supuesto, también en las iniciativas agroecológicas. Asumir esto implica aceptar también la necesidad de preguntarse y replantearse constantemente cómo enfrentar esas relaciones y estas violencias en lo cotidiano de nuestras luchas.

No nos resistimos a lanzar algunas ideas sobre qué hacer, aunque somos conscientes de que tanto los diagnósticos como las propuestas de acción y cambio deben ser construidos colectivamente desde los territorios. Para nosotras, un primer paso es reconocer, explicitar y afrontar que existe una desvalorización social generalizada de los trabajos y de los papeles que tradicionalmente hemos realizado las mujeres tanto en el campo como en las cocinas, en las casas, en las familias o en las comunidades y en los territorios. Valorar socialmente estos trabajos debe implicar, además, el reparto en plano de igualdad, hacerlos responsabilidad colectiva de toda la sociedad y no exclusivamente de las mujeres. Esta propuesta implica, por tanto, una democratización del trabajo de cuidados.

Creemos que un segundo paso imprescindible es cuestionar las relaciones de poder en la familia y romper la idealización de la "familia campesina" para poder confrontar y modificar las relaciones patriarcales dentro de esta institución. Una transición agroecológica feminista tiene que ir unida a cambios de relaciones y roles entre hombres y mujeres en los hogares, construyendo nuevas formas de convivencia. Esto, unido al reparto del trabajo de cuidados, permitiría a su vez un reparto en los espacios de representación mayoritariamente ocupados por hombres.

Consideramos que un tercer paso es trabajar en fortalecer y desarrollar nuestras articulaciones entre personas y colectivos para poder afrontar la falta de tiempo impuesta por los ritmos productivistas, tanto para los trabajos de cuidados de hijos e hijas, o de otras personas que lo requieran, como para los trabajos productivos. Realizar planificaciones conjuntas, colaborar, corresponsabilizarnos o promover el trabajo colectivo nos puede facilitar el cuidado y la participación en la vida comunitaria: cocinar, organizar una dieta adaptada a cada estación, estar en un grupo de consumo o luchar para incorporar alimentos ecológicos en el comedor de las escuelas. También nos puede ayudar a conservar las semillas, cultivar la huerta o cuidar de los animales, así como hacer conservas sin tener que aumentar nuestras jornadas laborales ni la autoexplotación.

Los ecofeminismos y los feminismos decoloniales están proponiendo redefinir y reorientar la praxis de la agroecología y la soberanía alimentaria para situar la comida en el centro de nuestra organización sociopolítica como una parte esencial de la vida. Ello implica dar centralidad económica y cultural en nuestra sociedad tanto a los trabajos campesinos en el campo como a los trabajos domésticos para alimentar, valorando que son esenciales para la vida común y desplazando así la centralidad actual de los mercados. Es esta propuesta la que creemos que tiene sentido continuar. Para nosotras es este debate colectivo y radicalmente democrático desde los territorios el que puede hacer avanzar la recampesinización feminista que necesitamos para la soberanía alimentaria de los pueblos. ●

Marta Soler, Universidad de Sevilla
msoler@us.es

Marta Rivera, Cátedra de Agroecología de la Universidad de Vic
Irene García Rocés, Varagaña Género y Agroecología

Este artículo fue publicado originalmente en Soberanía Alimentaria. Biodiversidad y Culturas, 64(33) (<https://www.soberaniaalimentaria.info/numeros-publicados/64-numero-33/590-agroecologia-feminista>). Se reproduce con autorización de las autoras.

¿De qué feminismos estamos hablando?

Aunque las luchas de resistencia y autonomía de las mujeres son atemporales, la formulación política del feminismo como tal tiene raíces occidentales. Es con el impulso del liberalismo y el capitalismo en la Revolución francesa, a finales del siglo XVIII, que se formulan derechos individuales y colectivos en una nueva sociedad de mercado y propiedad privada. El poder político se denomina democrático con la instauración del derecho al voto y la representación parlamentaria, pero las mujeres son excluidas de la categoría de “ciudadanas” y los nuevos derechos se reservan a los hombres. Es en este momento cuando se explicita el conflicto de género y se pone de manifiesto el patriarcado que concibe a las mujeres como inferiores y subordinadas al hombre.

La dominación de los hombres sobre las mujeres es la esencia del patriarcado, que se consagra en la institución familiar y en la “división sexual del trabajo” como instrumento privilegiado de desigualdad. Mientras el lugar “natural” de las mujeres es el trabajo doméstico y de cuidados, no remunerado (o mal remunerado), no visibilizado y no reconocido; el lugar de los hombres es el espacio público político y de mercado, remunerado, visibilizado y reconocido (estas ideas son desarrolladas por Amaia Pérez Orozco en *Subversión feminista de la economía: aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida* [Madrid, 2019, Traficantes de Sueños]. El concepto de “sostenibilidad de la vida” fue acuñado por Cristina Carrasco en “La sostenibilidad de la vida humana. ¿Un asunto de mujeres?”, [*Mientras Tanto*, 82, 2001]).

Estos análisis tienen, sin embargo, un marcado sesgo urbano, industrial y occidental. Recientemente, la denominada “economía feminista de la ruptura” ha comenzado a formular propuestas para construir una economía no capitalista, orientada por la “ética del cuidado” para la “sostenibilidad de la vida” (de todos los tipos de vida), que coloque “la vida en el centro” para que las vidas humanas sean “vidas que merezcan ser vividas” en equilibrio con la naturaleza.

En las décadas de 1960 y 1970 cobran fuerza las voces de las mujeres afroamericanas para denunciar que el discurso y las propuestas del feminismo dominante habían sido construidos exclusivamente desde las vivencias de las mujeres blancas occidentales y, en buena parte, de las clases medias. Les seguirán las mujeres racializadas, indígenas y campesinas de todo el mundo que sufren la dominación colonial, generando desde sus vivencias y visiones del mundo análisis y propuestas políticas feministas emancipadoras propias.

En este momento comienza a visibilizarse lo que hoy denominamos “interseccionalidad”, que no es más que el cruce de los ejes de dominación que atraviesan la vida: la clase, la etnia, el género... Mujeres de distintos

puntos del planeta comienzan a construir también el llamado ecofeminismo, denunciando el sesgo antropocéntrico de la concepción del mundo occidental y del feminismo dominante, que no cuestiona la apropiación y destrucción de la naturaleza y de la vida no humana que nos sostiene.

Los ecofeminismos que se alían con los feminismos poscoloniales y la economía feminista de la ruptura nos parece que son los feminismos que alimentan las agroecologías y las soberanías alimentarias feministas en construcción. Pero es desde los territorios diversos y desde las vivencias de las mujeres que construiremos en el hacer, sentir y pensar cotidiano ese “feminismo popular y campesino” al que aspiran las mujeres de La Vía Campesina.





La Cocina Emergente

“Alimentos para la vida” en Ecuador enfrentando a la covid-19

Alimentos frescos.  Marcelo Aizaga

ELIANA ESTRELLA, MARCELO AIZAGA, STEPHEN SHERWOOD

Las contradicciones entre la “masculinidad” altamente racional, mercantilizada y competitiva de la alimentación industrial y la preocupación feminista por la vida se han vuelto cada vez más evidentes durante la pandemia de covid-19 en Ecuador. Mientras tanto, un número creciente de familias encuentra inspiración en el programa Cocina Emergente, creado por un conjunto de movimientos sociales que utiliza la cocina como un espacio de encuentro y reconstitución de la posibilidad de generar “alimentos para la vida”.

Con el tiempo, tanto nosotros como otras personas involucradas en los movimientos sociales de Ecuador hemos llegado a entender la comida no solo como un paquete de nutrientes o un bien, sino como un espacio necesario e importante para crear y mantener relaciones. En otras palabras, la comida genera afecto.

Después de 75 años de profundización de la industrialización de los alimentos y de sus bien documentadas consecuencias perjudiciales, nosotros y nuestros socios en el Colectivo Agroecológico –una red de actores involucrados en el cultivo y consumo saludable, sostenible y socialmente equitativo (lo que llamamos “alimentos para toda la vida”)– buscamos una feminización radical de la alimentación. ¿Qué significa eso?

La feminización de la alimentación

Como explica la académica y bióloga feminista Donna Haraway, la historia muestra el peligro de ceñirse a políticas identitarias (es decir, de reducir el mundo de la experiencia humana a las

luchas de poder en torno a sexo, raza o clase social) que subyace a gran parte del discurso del feminismo, sin apreciar la importancia de la diferencia, definida por las preferencias, creatividad y estilo de cada quien. Por ejemplo, activistas de la agroecología caracterizan comúnmente los problemas de la modernización en los alimentos como el producto de un “sistema” distante y parte de una batalla histórica entre la clase campesina marginada y la élite de consumidores urbanos. Esta representación tiene algo de verdad, pero su desapego puede crear una sensación de frustración y desesperanza en la búsqueda de soluciones.

Inspirados en Haraway, encontramos que el cambio concreto más inmediato puede provenir de donde tenemos mayor acceso e influencia: dentro del hogar, del barrio y de la comunidad. Continuamente pedimos a quienes les urge el cambio que comiencen con una reflexión sobre su propia actividad como alguien que come y que, por lo tanto, está involucrado en la constitución y estructuración del estado actual de las cosas, para bien o para mal.

Según Haraway, hablar de “nosotros” en nombre de una cierta identidad puede terminar profundizando la misma historia divisiva y violenta que los activistas aspiran a terminar. En su lugar, Haraway convoca una actividad intersubjetiva más unificadora: la afinidad, entendida como el estado de las relaciones con otras personas, así como entre personas y medio ambiente; en este caso, el grado de bienestar sociobiológico generado en y a través de la práctica agroalimentaria. No es que la política de identidad sea errónea, explica, sino que al perpetuar una división entre nosotros y ellos, las diferencias pueden llegar a descuidar los puntos comunes y su interdependencia con los demás. En otras palabras: al trazar líneas en torno a grupos de personas, perdemos el acceso a aliados potenciales y a su experiencia, conocimientos y recursos.

En Ecuador existen movimientos alimentarios de base, de los cuales somos parte, que han abrazado desde hace mucho tiempo la afinidad con los alimentos. En el contexto de la covid-19, hemos encontrado nuevos conflictos con la industria alimentaria y sus aliados estatales y corporativos, pero también en nuestras propias familias, vecindarios y comunidades. En este artículo hacemos un resumen de algunos elementos de la controversia alimentaria derivada de la pandemia en Ecuador y presentamos La Cocina Emergente, una respuesta de miles de familias de diferentes ámbitos que comparten un interés común por formas de vida y de ser más saludables, socialmente más equitativas y sostenibles en y a través de los alimentos.

La respuesta oficial a la covid-19

Con el reconocimiento de la llegada de la covid-19 y, sobre todo, del estallido de la epidemia, Guayaquil, Ecuador, entró en un régimen de restricción de movimientos y medidas de protección personal que incluían el distanciamiento social, el uso obligatorio de mascarillas y una cuarentena sin precedentes. A partir del 13 de marzo de 2020, las personas solo podían circular en público una vez a la semana para recibir comida o atención médica. Se impuso un toque de queda de 14:00 a 5:00 horas los días laborables y todo el día los fines de semana.

Estas medidas no tomaron en cuenta la importancia de la alimentación a nivel familiar, la atención médica y el fortalecimiento del sistema inmune, que los expertos en salud consideran central para la resistencia a las enfermedades. Inicialmente, el Comité Nacional de Operaciones de Emergencia limitó la provisión de alimentos a las empresas privadas. Aunque los agricultores familiares proporcionan casi el 70% de los alimentos frescos de Ecuador, en la mayor parte de los casos carecen de los documentos requeridos para vender sus productos en público. En paralelo, el Gobierno dispuso el cierre de los mercados tradicionales al aire libre, así como de todos los mercados y ferias agroecológicos, a pesar del riesgo de contagio en espacios cerrados. La capacidad existente en familias y barrios para cuidar de su propia nutrición, y de sus alimentos y cuerpos se pasó por alto. En lugar de aprovechar esa capacidad, las políticas apoyaron continuamente a los productos alimenticios de supermercado, “seguros” y altamente procesados, a pesar de la creciente preocupación por una pandemia ligada a la alimentación industrial: la de sobrepeso/obesidad y su asociación con la letalidad de la covid-19. En resumen, la respuesta del Estado a la crisis alimentaria inducida por el encierro fue del tipo: “confíe en nosotros y permítanos brindarle lo que necesita”.

Ante un gobierno que descuidaba las relaciones directas entre productores y consumidores, las familias y barrios necesitaban encontrar sus propias soluciones, pero esto resultó no ser fácil. A través de las historias de Erlinda y Paul, compartimos dos ejemplos de las dificultades y retos para acceder a alimentos frescos y saludables, incluso en las zonas rurales de las afueras de la ciudad.

Vulnerabilidad periurbana: Erlinda y Paul

Mientras que la dependencia alimentaria puede ser algo esperable en la ciudad, nos sorprendió saber que esa dependencia se había convertido en un problema en las comunidades y pueblos circundantes. Erlinda tiene su finca cerca de Quito, la capital de Ecuador. Vive en una comunidad rodeada de campo, pero hoy en día la mayoría de sus vecinos han dejado detrás la azada y el machete para trabajar en la industria de exportación de flores, la construcción, el trabajo doméstico o las maquilas de confección. Erlinda explica que esta situación ha creado gran dependencia entre sus vecinos:

Lo que más me gusta sobre mi finca es la diversidad de raíces, hortalizas, tubérculos y granos andinos que cultivo, al igual que mi banco de semillas. Cuando nos obligaron a someternos a la cuarentena, los vecinos que no participaban en la siembra comenzaron a entrar en pánico y venir [a mí] por comida...

Por su parte, Paul es un anciano francés con más de 30 años en los Andes. Al preferir el aire fresco del campo, eligió vivir en una comunidad periurbana de los kitukara, un grupo indígena. Dado que tiene más de 55 años de edad, la política del gobierno no le permitía abandonar su casa. Al principio, no se preocupó. Sin embargo, después de la primera semana, Paul rápidamente se dio cuenta de que los estantes de las tiendas locales ya no tenían productos frescos:

No había verduras, ni frutas, ni huevos. Solo había fideos, latas y comida chatarra. En ese momento me di cuenta de que, a pesar de vivir en una comunidad indígena, la gente ya no producía nada de comida, éramos tan vulnerables como la gente de la ciudad.

El objetivo de la comida feminista es alimentar las sinergias entre nosotros

En ambos casos, los vecinos habían mantenido su residencia en zonas rurales pero se ganaban la vida en la ciudad. Habían dejado de cultivar papas y maíz, de criar pollos y cuyes, y de cultivar y cocinar con sus propias hierbas y verduras. En el proceso, esas comunidades perdieron contacto con sus semillas, sus animales y sus costumbres. Tenían su vida en el campo en todos los sentidos, excepto físicamente. En términos de seguridad alimentaria, se habían vuelto dependientes del mercado y de los caprichos de otros. Dada la creciente crisis alimentaria, era necesario hacer algo para ayudar a las personas a comenzar a reconstruir su soberanía alimentaria.

La Cocina Emergente: despertar a “la gente que come”

Estamos una vez más en una época en la que la búsqueda de alimentos frescos se ha convertido en nuestra principal preocupación.

Esteban Tapia, chef

En respuesta a los retos alimentarios a los que se enfrentan los habitantes de las zonas urbanas y rurales, el Colectivo de Agroecología (en adelante, el Colectivo) y el Movimiento Ecuatoriano de Solidaridad Económica y Social (MESSE) unieron fuerzas para resolver los problemas de producción, distribución y aprovisionamiento. En particular hicieron uso de una



Distanciamiento social en el mercado Carcelén, en el norte de Quito. ■ Diana Cabascango

serie de plataformas de comunicación bien establecidas y desarrolladas durante los últimos 10 años a través de su campaña conjunta para un consumo responsable ¡QuéRicoEs!

El Colectivo y el MESSE consideran que la producción y el intercambio de alimentos son fundamentales para la identidad, la salud, el medio ambiente y el bienestar social de la gente. A través de “comer bien”, en todo sentido, los productores y consumidores de alimentos pueden cuidar colectivamente salud, cultura y medio ambiente, y de esta manera avanzar en su soberanía alimentaria. El objetivo de ¡QuéRicoEs! no es solo generar una práctica alimentaria éticamente responsable, sino también establecer las relaciones y la retroalimentación socio-biológica necesarias para que los alimentos tengan capacidad de respuesta: que negocien continuamente la práctica y el contexto para la salud, la sostenibilidad y la equidad social.

En el contexto de la covid-19, esto dio lugar a una serie de respuestas eficaces de la sociedad civil, como protocolos prácticos de higiene, información sobre el acceso a equipos de protección y servicios de diagnóstico remoto, y laboratorios que ofrecían pruebas. Los socios integrantes de los diferentes movimientos alimentarios compartieron semillas, equipos de riego y vehículos que podían circular en determinados días. También establecieron canales de comunicación para las familias que buscaban formas específicas de acceder y preparar alimentos frescos y saludables, y se organizaron consultas gratuitas por internet sobre jardinería urbana, nutrición para la resistencia a enfermedades y cocina saludable, fermentación y almacenamiento de alimentos.

Como parte de estos esfuerzos, comenzamos a experimentar con una serie de debates públicos en directo en la radio y las redes sociales, dando lugar a La Cocina Emergente. El programa semanal consiste en conversaciones abiertas entre personas que buscan alimentos frescos y saludables, como agricultores, amas de casa, cocineros profesionales y propietarios de tiendas. A modo de ilustración, nos gustaría compartir una conversación que tuvo lugar entre Michelle O. Fried, nutricionista y autora de libros de cocina populares, e Ibeth, una ama de casa de Quito:

IBETH: Hola, buenas tardes. ¿Podría decirme el nombre de esta cosa? (mostrando una imagen, Ibeth explicó que estaba desconcertada por un misterioso objeto con aspecto de Sputnik que estaba sobre la encimera de la cocina).

MICHELLE: “Es bueno probar algo nuevo y delicioso. Es un colinabo. Es una col compacta, casi sin hojas. Aunque sus pequeñas hojas superiores también son muy ricas. ¿De dónde lo sacaste?”.

IBETH: Pedí una canasta orgánica y me llegó este producto, pero no sé cómo prepararlo.

MICHELLE: Una forma poco habitual de prepararlo, pero que me encanta, es rallar el tubo crudo y añadirle vinagreta con un poco de aceite de sésamo tostado...

Durante el programa las personas comparten su experiencia con platos elaborados con otras verduras poco comunes, infrautilizadas y sabrosas, como el berro (*Nasturtium officinale*), la achocha (*Cyclanthera pedata*), el chayote (*Sechium edule*), la arúgula (*Eruca vesicaria*), y tubérculos como la arracacha (*Arracacia xanthorrhiza*). Michelle explica que estos productos poco conocidos y altamente nutritivos de los Andes y de otras partes del mundo están siendo cada vez más desplazados por alimentos procesados, lo que socava la salud de las familias. En palabras de Michelle, la respuesta empieza en la cocina, ya que “la cocina es lugar donde se cuida a la familia y se la protege de las enfermedades”.

A pesar de las preocupaciones y urgencias que trajo consigo la pandemia y el confinamiento de la cuarentena, los participantes en el programa La Cocina Emergente se dieron cuenta de que es un buen momento para superar miedos mediante la exposición del paladar a nuevos sabores y gustos, y utilizando la experiencia de la comida como medio para hacerse cargo de su situación.

La afinidad de la comida por la vida

Como lo expresó un miembro del público durante La Cocina Emergente, “Nuestro objetivo después de la pandemia es ino volver a la normalidad!”. Buscamos más.

De acuerdo con la cosmovisión andina, el feminismo radical entiende la afinidad y el afecto de manera holística, contribuyendo al bienestar de todas las personas, independientemente de su género, raza o ingresos. Aplicada a la agricultura y a la alimentación, esta perspectiva trata de abordar las relaciones sociobiológicas que permiten las interacciones entre los seres humanos y entre estos y el medio ambiente.

Tanto la cosmología andina como el feminismo se basan en la idea de que la propia realidad se construye en un sinfín de historias colectivas: con la tierra, el agua, las plantas, el sol y el cielo, con el gusto y el sabor. En consecuencia, el objetivo de la alimentación feminista no es hacer desaparecer las diferencias individuales, entre los sexos, entre lo urbano y lo rural, o entre las razas, sino alimentar y abrazar las sinergias que se dan entre nosotros, en este caso posibilitadas por la práctica relacional de la alimentación para la vida.

Con la llegada de la covid-19 nos encontramos con una gran tragedia y tristeza por la enfermedad y muerte de nuestras familias y vecinos, pero también encontramos la posibilidad de una comida más feminista, constituida a través del afecto y del cuidado de nuestra convivencia. Al proporcionar una plataforma para que las personas compartan una afinidad por la cocina y la alimentación saludable, sostenible y cultural y socialmente empoderadora, La Cocina Emergente contribuye a la encarnación de una práctica que nutre la vida en y a través de los alimentos, en todas sus maravillosas expresiones, diferencias e integración. ●

Eliana Estrella
Marcelo Aizaga

Stephen Sherwood

Participan activamente en la campaña ¡QuéRicoEs! de MESSE y del Colectivo de Agroecología en Ecuador. Se puede encontrar información en: www.quericoes.org o escuchar un programa de La Cocina Emergente en Facebook (<https://www.facebook.com/quericoescomersano/>). ssherwood@ekorural.org



¿Puede la agroecología feminista ampliarse y extenderse?

Reunión de agricultoras y agricultores agroecológicos en La Playa, Santander, Colombia. ■ FIAN Colombia

ISABEL ÁLVAREZ VISPO, PAOLA ROMERO-NIÑO

Las mujeres y las perspectivas feministas son fundamentales para la agroecología y la soberanía alimentaria, pero ¿qué sucede cuando la agroecología se amplía y se extiende?

Este artículo describe dos experiencias de agroecología, en España y Colombia, en las que tanto las mujeres como los enfoques feministas se quedaron atrás. ¿Cómo podemos lograr una ampliación de la agroecología que cuestione las desigualdades patriarcales y estructurales y que sea verdaderamente inclusiva ante una perspectiva feminista?

En los últimos años, la agroecología como ciencia, práctica y movimiento se considera cada vez más una herramienta esencial para lograr la soberanía alimentaria. El desarrollo de prácticas innovadoras, la sistematización de experiencias y el fortalecimiento de los movimientos sociales locales, nacionales e internacionales están demostrando que la agroecología tiene el potencial de alimentar al mundo de forma justa y sostenible.

Una de las consecuencias de esto ha sido la profundización en los debates sobre cómo hacerlo, destacando el escalamiento de la agroecología. Por escalamiento horizontal (*scaling out* en inglés) se entiende la creciente agregación y difusión de proyectos agroecológicos. El escalamiento vertical (*scaling up*) se refiere al desarrollo de políticas y medidas institucionales de apoyo a la agroecología a través, por ejemplo, de la educación, la investigación y los mercados, entre otros, así como la implicación de diferentes actores más allá de los productores.

El País Vasco ha sido pionero y referencia para los movimientos por la agroecología en España. Poco a poco, la agroecología se ha ido extendiendo con éxito al involucrar cada vez a más consumidores y productores a través del exitoso sistema de agricultura apoyada por la comunidad (CSA por sus siglas en inglés) e incorporar a otros grupos diversos, como los y las jóvenes y, desde el principio, a grupos de mujeres. En Colombia, las organizaciones de mujeres han promovido la agroecología como una herramienta para la paz y un modelo de desarrollo rural que se ha ampliado gradualmente, desde la producción comunitaria hasta la adopción de políticas nacionales. Estas dos experiencias representan un escalamiento

de la agroecología, pero en ambos casos las mujeres y la perspectiva feminista quedaron relegadas en el proceso.

Escalamiento horizontal: la red Nekasarea en el País Vasco

A partir de 2007 el sindicato de agricultores de EHNE Bizkaia comenzó a trabajar en una estrategia territorial para la soberanía alimentaria que incluía tanto la formación y sensibilización sobre las diferentes dimensiones de la agroecología como el desarrollo de redes. Esto dio lugar a un sistema de agricultura de apoyo comunitario formado por diferentes grupos de productores y consumidores, que se denominó Nekasarea. Los productores se unieron a la red tras recibir cursos de formación en horticultura ecológica que, con el tiempo, se convirtieron en cursos más largos y completos sobre agroecología. En 2010 ya había 15 grupos de productores y consumidores operando dentro de la red, y más de la mitad eran liderados por mujeres productoras.

Aunque ni los cursos ni la estrategia de dinamización del territorio desarrollada por EHNE Bizkaia tenían un enfoque explícito de género o feminista, fue una gran sorpresa comprobar que, al inicio de este proceso, más del 50% de las participantes eran mujeres, llegando hasta el 80% en algunos cursos. Al menos cuantitativamente, parecía que el proceso de ampliación agroecológica estaba resultando transformador. Pero el éxito de la red atrajo a nuevas personas, principalmente hombres, algunos de los cuales se habían quedado sin trabajo debido a la crisis de la industria metalúrgica vasca.

La buena noticia era que cada vez había más gente con interés en desarrollar proyectos agroecológicos. La red se amplió rápidamente en poco tiempo. En 2016 había unos 200 productores involucrados en la red y Nekasarea incluso ganó el prestigioso Premio del Pacto de Milán. Desde entonces la organización de la red ha cambiado hacia el desarrollo de grupos más autónomos. La noticia no tan buena fue que, tanto en los cursos de formación como en los propios espacios de participación de Nekasarea, la presencia de mujeres se redujo considerablemente, en algunos casos, del 80% al 20%. Esta masculinización de la red se debió en parte a la afluencia de nuevos participantes masculinos, pero también reflejó el hecho de que, cuando la empresa agroecológica se convirtió en la principal actividad económica de los hogares, las mujeres que antes la lideraban “cedieron” la toma de decisiones a sus compañeros. Volviendo a la lógica patriarcal dentro de la familia y dentro de la sociedad, las mujeres fueron expulsadas y también abandonaron voluntariamente sus puestos cuando los beneficios económicos de sus actividades se hicieron evidentes. Esta tendencia continuó en los años siguientes y, en 2016, solo una cuarta parte de las entonces 60 agrupaciones de productores y consumidores estaban visiblemente dirigidas por mujeres. En la actualidad, la participación sigue siendo mayoritariamente masculina y apenas se habla de enfoque feminista.

Estos acontecimientos mostraron cómo los espacios agroecológicos, originalmente dominados por las mujeres, fueron tomados por los hombres cuando se ampliaron significativamente. Este caso señala la necesidad de que las mujeres se organicen entre ellas para poder hacer visibles sus necesidades y demandas, no solo en Bizkaia sino en todo el País Vasco. Reflexionando sobre este punto surgió el movimiento Etxaldeko Emakumeak, un grupo abierto de mujeres comprometidas con la soberanía alimentaria que se autodefinen como agroecofeministas y cuya razón de ser es difundir la soberanía alimentaria en los movimientos feministas y el feminismo en los movimientos de soberanía alimentaria.

Escalamiento vertical: la agroecología en el Acuerdo de Paz de Colombia

Durante décadas en Colombia, las mujeres, principalmente campesinas, indígenas y afro, han desarrollado procesos agroecológicos comunales para producir alimentos para el consumo doméstico, el cuidado de su entorno y la construcción de la paz. Consideran que la agroecología es una herramienta para la paz porque, como movimiento social, ayuda a fortalecer a las organizaciones rurales y a mejorar las condiciones de vida de los campesinos, sobre todo cuando abandonan la guerra y se incorporan a la sociedad civil. La agroecología también puede crear condiciones sociales, económicas y medioambientales favorables en las comunidades para la creación de redes locales de alimentación sostenible.

Como fruto de su arduo trabajo, las organizaciones rurales también consiguieron incluir la agroecología en la agenda política del país. Las mujeres jugaron un papel importante en el posicionamiento de la agroecología como herramienta para la paz y, finalmente, fue incorporada en el Acuerdo de Paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP) a finales de 2016. Este logro se consiguió a través de estrategias de incidencia a nivel local y nacional, expresando la necesidad de nutrir a las comunidades y organizaciones locales.

A nivel comunitario, las organizaciones de mujeres productoras participaron activamente en los espacios de coordinación de los procesos de desarrollo local para promover la agroecología como herramienta para la paz. Desarrollaron la formación en agroecología en las escuelas rurales, construyeron alianzas y plataformas nacionales de mujeres rurales que incluían la agroecología y realizaron declaraciones públicas. A nivel

nacional, las mujeres participaron en el trabajo de monitoreo y seguimiento del Acuerdo de Paz, así como en el cabildeo político en el que las plataformas y redes de mujeres presionaron por una legislación que promoviera la agroecología.

A pesar de este trabajo y de la continua insistencia de los grupos de mujeres, la agroecología se ha convertido hoy en día en algo relativamente periférico en la aplicación práctica del Acuerdo de Paz. El gobierno promueve leyes contrarias al espíritu del Acuerdo en las que la agricultura se centra en el aumento de la producción y en la promoción de la agricultura industrial, hasta el punto de fomentar los monocultivos. Asimismo, a nivel local, la participación y las propuestas de las mujeres son a menudo mal utilizadas y mal entendidas para promover proyectos productivos que fomentan el uso de paquetes tecnológicos y la producción para la exportación exclusiva de alimentos “exóticos”. Por esta razón, a pesar del papel estratégico de las mujeres en la ampliación de la agroecología, sus propuestas para que la agroecología se utilice como herramienta para la paz y la construcción de comunidad no se reflejan en la aplicación del Acuerdo.

Nada que se construya sobre la base de la desigualdad traerá justicia

Aunque la agroecología se está ampliando con éxito en diferentes contextos, se está haciendo sin tener en cuenta la parte del “iceberg” del sistema alimentario que está “debajo del agua”. La punta visible de este iceberg muestra la producción y el beneficio, pero los elementos que sostienen esta producción, como el trabajo de las mujeres, permanecen invisibles.

Tanto en el País Vasco como en Colombia vemos cómo el hecho de no adoptar un enfoque feminista explícito puede hacer que los avances parezcan exitosos, aunque dejen atrás a las mujeres. Esto es especialmente irónico, ya que fueron ellas las que abogaron por la agroecología en primer lugar. En el caso del escalamiento vertical en Colombia, ocupar espacios de incidencia política implica un costo muy alto para las mujeres (en términos de tiempo y seguridad). Aunque se consiguieron pequeños logros, sus necesidades y perspectivas no fueron priorizadas en la práctica por el Estado, por lo que volvieron a ser invisibles. En el caso de Nekasarea, en España, vemos que, en el escalamiento de las alternativas agroecológicas no dependientes del Estado, las mujeres fueron excluidas del protagonismo y de la toma de decisiones tan pronto como los proyectos tuvieron éxito económico y se ajustaron al modelo patriarcal capitalista.

Avanzar en las transiciones agroecológicas requiere concientizar sobre las desigualdades que surgen en los procesos de escalamiento y cuestionar los modelos institucionales y organizativos (incluso en la familia) que, como hemos visto, siguen reproduciendo sistemas patriarcales. No tener en cuenta estos aspectos conduce a procesos en los que las mujeres desaparecen progresivamente.

Ninguna institución, organización o red construida sobre la desigualdad puede producir realidades justas. Por esta razón, creemos que la incorporación de una perspectiva feminista en el proceso de escalamiento horizontal y vertical es clave para cualquier cambio significativo. Necesitamos construir nuevos paradigmas para la agroecología en los que las mujeres sean visibles y el feminismo sea una prioridad. ●

Isabel Álvarez Vispo

Vicepresidenta y responsable de incidencia política de URGENCI, con sede en el País Vasco (España).
isa.urgenci@gmail.com

Paola Romero-Niño

Coordinadora de FIAN Colombia, donde lidera el trabajo sobre feminismo.



La ética del cuidado en la investigación agroecológica

Prácticas en el Sureste de México

Aula-Huerto ECOSUR, área Pepén (mariposa). ■ Dany Chomel (redhuertos.org)

DIANA LILIA TREVILLA ESPINAL, IVETT PEÑA AZCONA

En Chiapas, México, académicos y estudiantes buscan “territorializar” los espacios académicos utilizando principios de los pueblos indígenas y la ética del cuidado desde la perspectiva feminista. La universidad se ha convertido no solo en un lugar que genera conocimiento, sino que también se nutre de la experiencia, el afecto y la conexión significativa con la naturaleza, las comunidades y los diversos movimientos sociales. Esta experiencia muestra cómo una ética feminista del cuidado puede guiar la formación de nuevas formas de organización agroecológica.

En primer lugar, queremos situarnos y nombrarnos: somos mujeres con raíces afrodescendientes e indígenas. Hablamos desde Chiapas y Oaxaca, donde estamos tejiendo experiencias y diálogos con mujeres de diferentes lugares y generaciones, particularmente campesinas, indígenas, negras y migrantes. Participamos en redes como la Alianza de Mujeres en Agroecología (AMA-AWA) y la Red de Creadoras, Investigadoras y Activistas Sociales. La primera es un colectivo donde se reúnen más de 50 mujeres estudiantes, investigadoras, integrantes de organizaciones sociales, feministas y agroecólogas de América Latina y el Caribe, Estados Unidos y Europa. La segunda está formada por mujeres jóvenes de México.

Desde nuestra perspectiva, que compartimos con los grandes movimientos indígenas y campesinos del sur global, la soberanía alimentaria parte de la defensa del territorio y de quienes lo habitan: las personas, la fauna, la flora y los bienes comunes, que incluyen las semillas, el agua y los bosques. También compartimos la perspectiva de las mujeres de América Latina que destacan la importancia de hacer territorios libres de violencia contra sus cuerpos y de construir comunidades sin discriminación, exclusión, despojo y empobrecimiento. Como mujeres de estos territorios, seguimos alimentando estas perspectivas.

Sentipensar los territorios

Actualmente las zonas rurales son territorios en disputa debido a los intereses de la agroindustria, que considera a las personas, la tierra y los alimentos como mercancías con las que puede generar excedentes y beneficios a corto plazo. Las grandes empresas y las organizaciones internacionales presionan para que se realicen reformas que promuevan el uso de los paquetes tecnológicos que ofrece la agroindustria. También presionan a los gobiernos para que pongan en marcha grandes proyectos extractivos. Las mujeres y las feministas de América Latina están comprometidas en las luchas contra los megaproyectos y la agricultura industrial para defender la agricultura campesina y preservar los bienes comunes. Sus prácticas y análisis nos inspiran para contribuir a lo que consideramos cuatro aspectos fundamentales de una comprensión feminista de la soberanía alimentaria:

1. La soberanía alimentaria se sitúa en el territorio-cuerpo-tierra: somos cuerpos enraizados en territorios. Por tanto, lo que ocurre en nuestros cuerpos afecta a los territorios y viceversa.
2. Dar lugar al sentir como parte clave en la construcción del conocimiento. Esto implica valorar los afectos, las emociones,



Taller sobre salud y nutrición en el Aula-Huerto.
 Ivett Peña Azcona

las relaciones humanas y las relaciones con cada parte de la naturaleza, ya que están presentes en todos los procesos que conforman el territorio-cuerpo-tierra.

3. El reconocimiento de que las mujeres indígenas, campesinas, de color y afrodescendientes aportan a la teoría, política, economía y a la defensa del territorio.
4. El reconocimiento y valoración del trabajo de cuidados, que implica el conjunto de actividades, procesos y acciones vinculados al trabajo afectivo, psíquico, relacional y físico necesario para la vida. Este trabajo de cuidados es indispensable para crear las condiciones necesarias para la masificación de la agroecología y la soberanía alimentaria en los territorios.

Desde esta perspectiva compartimos una experiencia en Chiapas sobre cómo estamos intentando territorializar la soberanía alimentaria a través de prácticas feministas.

Una ética del cuidado y la academia

Una ética feminista del cuidado reconoce que no somos solo seres productivos, sino también seres que reproducen la vida; por lo tanto, necesitamos cuidado y podemos dar cuidados. El cuidado debe hacerse en reciprocidad, lo que a su vez requiere condiciones que permitan que el cuidado sea una práctica común y colectiva que se distribuya equitativamente entre todas las identidades de género/sexo y entre las generaciones. El trabajo de cuidados se refiere a todo el trabajo que se realiza para preservar y regenerar la vida, el cual va más allá del espacio doméstico, lo que incluye a nuestras comunidades, así como también a otros seres vivos como los animales, las plantas y los territorios. El trabajo de cuidados en muchas ocasiones es no remunerado, feminizado e invisibilizado. Apuntar hacia la promoción y práctica de la ética del cuidado en todos nuestros espacios organizados puede ayudar a cambiar esta situación.

En ese sentido, no debemos olvidar que lo que hoy se llama agroecología se basa en gran parte en los conocimientos milenarios de los pueblos indígenas y los campesinos. Si bien la investigación ha sido importante para generar conocimientos sobre la agroecología, la academia suele seguir siendo un ámbito predominantemente masculino y colonial, centrado en la producción de conocimientos abstractos en lugar de fomentar las relaciones de cuidado.

En el sur de México se está adoptando un enfoque alternativo. El Aula-Huerto es un espacio de experiencia e interacción, ubicado en el centro de investigación de El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR), en San Cristóbal de Las Casas,

Chiapas, México. Fundado en 2008, forma parte de una iniciativa pedagógica amplia que busca escalar la agroecología fortaleciendo a las comunidades en torno a la salud, la conservación y la alimentación a través del intercambio de conocimientos y experiencias.

El Aula-Huerto

El Aula-Huerto consta de tres espacios. Hay un aula-cocina-laboratorio llamada El frijolón, donde la comunidad estudiantil o académica puede compartir alimentos sanos y producidos localmente. También cuenta con un invernadero donde se secan las semillas y se germinan plántulas, una zona donde se compostan los residuos vegetales y una “semilloteca” donde se almacenan las semillas para su posterior intercambio. Por último, el Aula-Huerto cuenta con un gran huerto que atraviesa el centro de investigación, donde se cultivan más de 36 especies diferentes de hortalizas, plantas aromáticas, flores y milpa (frijoles, calabazas, chile, quelites y maíz) en camas y jardines verticales.

El Aula-Huerto tiene el potencial para construir una ética del cuidado. Se desarrolló a través de un proceso orgánico de autoorganización y gestión colectiva, realizado principalmente de forma voluntaria por un grupo de investigadores, así como por personal técnico, administrativo y estudiantes. La participación y el liderazgo de las mujeres, que constituyen el 80% de las personas implicadas, es clave. Los miembros del grupo realizan tareas de gestión y administración, pero también se dedican a las labores de cuidado que incluyen el riego de las plantas, la elaboración de compost, la siembra, la cosecha y la custodia de las semillas.

Todavía no existe una política interna o externa que respalde la iniciativa, salvo que recientemente se ha incorporado al plan ambiental institucional. En la práctica, la estrategia para sostenerla se basa en redes y acciones colectivas, por ejemplo, a través de alianzas con otros grupos como la Red Chiapaneca de Huertos Educativos, la Red Mexicana de Huertos Educativos y la Red Internacional de Huertos Educativos.

Además de cuidar la naturaleza, el Aula-Huerto es también un lugar donde se intercambian alimentos, semillas y conocimientos entre personas de dentro y fuera de la comunidad académica, lo que sirve para difuminar las fronteras entre ambos mundos. Todos los viernes el huerto se convierte en un mercado agroecológico, donde los productores locales vienen a vender sus productos y entablan conversaciones con los investigadores, estudiantes y personal del centro de investigación. Así se crean relaciones directas entre los productores y los consumidores.

El Aula-Huerto es también un lugar donde se reúnen grupos de campesinos, escuelas primarias y secundarias, universidades, organizaciones y movimientos sociales para compartir experiencias agroecológicas. Además, ha habido encuentros para intercambiar variedades de semillas locales. Los visitantes han venido del interior del país y también de otros países como Cuba, Brasil, Chile, Puerto Rico, Colombia, Venezuela, India y Estados Unidos.

El valor del Aula-Huerto es cada vez más reconocido por los institutos de educación formal fuera del centro de investigación. En el Aula-Huerto se han impartido varios diplomados sobre huertos educativos para maestros de primaria y secundaria, así como más de 26 talleres de agroecología y diversos congresos, como el Primer Congreso Mexicano de Agroecología en 2019. De esta manera, se difunden prácticas, se comparten experiencias y se fortalecen otros procesos agroecológicos.

Más allá de esto, nuestra apuesta es construir colectivamente una ética feminista del cuidado en el Aula-Huerto, con base en las siguientes grandes ideas/principios.

- **Arar el camino**

Implica valorar los esfuerzos y las relaciones que han hecho posible el Aula-Huerto. En el centro de sus esfuerzos se encuentra un proceso colectivo que reúne diferentes conocimientos y generaciones. El fortalecimiento del tejido social de nuestra comunidad y la promoción de la propiedad y la responsabilidad colectivas son tan importantes como los resultados de las actividades particulares. El punto de partida es que para aprender sobre agroecología es fundamental sentipensar junto a otras personas. Esto implica un reto para recrear y territorializar la agroecología más allá de los espacios académicos, de manera que también esté formada por las comunidades, creando un espacio para que todas las personas dentro y fuera de la academia se reúnan.

- **Compartir la cosecha**

Esto es algo aprendido de los pueblos indígenas, para quienes compartir la cosecha es un principio ético y comunitario. En el Aula-Huerto esto se concreta en la distribución del trabajo y el tiempo dedicado al cuidado de sus espacios. Se fomenta la participación de todas las personas con la intención de que la responsabilidad y el trabajo no recaigan exclusivamente en las mujeres. A través de este principio, se trascienden las relaciones y los roles de género. La cosecha también se comparte a través de la participación de las comunidades locales en diferentes actividades, que incluyen la distribución de las semillas, verduras y plantas medicinales cosechadas. Un ejemplo concreto es que, durante la actual crisis de la covid-19, el grupo Aula-Huerto ha colaborado

con la sociedad civil organizada para entregar plantas medicinales y semillas en cestas de alimentos agroecológicos a familias vulnerables.

- **Tiempos cíclicos**

La agroecología, especialmente desde los conocimientos y prácticas de las mujeres y de las perspectivas feministas, es una herramienta para la reproducción de la vida. Si bien hace posible sembrar y producir alimentos, también procura la reproducción social y la regeneración de los ciclos en los ecosistemas. Los saberes campesinos e indígenas conciben el tiempo en sentido cíclico y no desde la visión lineal y productiva, lo que es importante para el trabajo agroecológico. Cada lugar tiene sus temporadas; cada semilla requiere de sus propios ritmos para crecer; cada día significa un tiempo para regar, sembrar, trasplantar, cosechar o limpiar y secar las semillas. Además, las personas también tenemos nuestros propios ritmos. En el Aula-Huerto estos conocimientos permiten valorar el tiempo, lo cual ha sido fundamental para garantizar los requerimientos ecológicos necesarios del huerto, pero también para sostener a largo plazo las relaciones interpersonales y fomentar la participación cooperativa y voluntaria.

- **Agradecimiento a la Madre Tierra**

Las ceremonias tradicionales de agradecimiento a la Madre Tierra provienen de los pueblos indígenas y campesinos de toda América Latina y el Caribe. En los seminarios, talleres, encuentros y reuniones del Aula-Huerto, este principio se lleva a cabo de diferentes maneras; por ejemplo, a través de

Aula-Huerto ECOSUR, cama círculo. ■ Dany Chomel (redhuertos.org)



Debemos valorar la agroecología como producción de alimentos, coexistencia, recreación, arte, solidaridad y comunidad

ceremonias de apertura, expresando el agradecimiento por el trabajo de quienes colaboran o compartiendo alimentos entre los participantes.

Agradecer a la Madre Tierra significa valorar la agroecología en términos de convivencia nutritiva, recreación, arte, relajación y disfrute, solidaridad y comunidad. Otras expresiones de cómo se han incorporado estos valores en las prácticas del Aula-Huerto son el yoga en el huerto, los talleres de pintura, dibujo y fotografía, y actividades lúdicas, por ejemplo, para aprender sobre el manejo de plagas y polinizadores. También se organizan charlas sobre salud y alimentación donde se preparan recetas de cocina, y talleres sobre cómo transformar los productos del huerto en ungüentos, aceites esenciales, tinturas, conservas y fermentos.

• Sostenibilidad, justicia y dignidad

La agroecología como alternativa al sistema agroindustrial, y como herramienta para la soberanía alimentaria significa también abordar los conflictos socioambientales. Esto implica cuestionar las prácticas cotidianas en las que la tierra, los bienes comunes y las personas son explotados con fines de lucro. Una ética feminista del cuidado es una estrategia importante para orientar hacia nuevas formas de organización agroecológica basadas en principios de sostenibilidad, justicia, dignidad y colectividad. En el Aula-Huerto promovemos el pensamiento crítico, así como la politización de estos temas en las relaciones cotidianas más cercanas. Hablamos de la importancia tanto de reconocer el papel de las mujeres en la agroecología como de promover acciones que aseguren que sus opiniones y propuestas sean escuchadas. Esto implica reflexionar sobre si las mujeres reciben salarios justos y si el trabajo de cuidados en las familias y/o en los procesos organizativos se distribuye de forma equitativa. Todavía hay retos por delante. Uno de ellos es crear protocolos en el comité y en el centro de investigación para avanzar en una cultura institucional sin violencia y basada en principios éticos de cuidado.

Cambiar el entorno institucional sigue siendo un gran reto en el Aula-Huerto y también para el movimiento agroecológico de forma más amplia. Dentro de los hogares, las organizaciones, el mundo académico y los movimientos sociales, tenemos que trabajar no solo por una redistribución equitativa y no binaria de las tareas, sino también abordar cuestiones más fundamentales para romper las formas patriarcales de opresión. Esto requiere la plena participación, compromiso e implicación de todos los géneros e identidades sexuales. También requiere políticas públicas progresistas, cambios normativos, asignación de presupuestos para sostener las iniciativas locales y otras acciones que busquen superar las desigualdades y promuevan una vida sostenible.

En ese sentido, proponemos el siguiente decálogo para incorporar una ética del cuidado en la agroecología:

1. Entender la vida como una red compleja de relaciones de interdependencia y ecodependencia que requieren cuidado.
2. Comprender que el cuidado en la agroecología requiere de garantizar relaciones, procesos, tiempos, condiciones materiales y principios éticos.

3. Valorar el trabajo de cuidado, el cual es responsabilidad de todas las personas y no únicamente de las mujeres.
4. Promover el cuidado en la agroecología desde la colectividad para prevenir situaciones de desigualdad, violencia, exclusión y discriminación.
5. Romper con relaciones opresivas en las que se delega a las mujeres racializadas y precarizadas el trabajo de cuidado de los procesos agroecológicos.
6. Promover y discutir la importancia del trabajo de cuidados en los procesos agroecológicos y en los sistemas alimentarios.
7. Reconocer que los procesos agroecológicos no responden solamente a fines productivos, sino también a la reproducción social en común.
8. Dar un lugar a la afectividad y la emotividad en los procesos agroecológicos.
9. Redistribuir de manera justa, equitativa y comprometida el trabajo de cuidado en los procesos organizativos en cualquier escala: el huerto, la parcela, los grupos y los movimientos sociales.
10. Dar lugar al gozo y al descanso en los procesos agroecológicos.

A través de nuestra experiencia con el Aula-Huerto ECOSUR estamos convencidas de que para escalar la agroecología debemos construir sobre una ética feminista del cuidado. Este objetivo no será posible si no reexaminamos las relaciones desiguales que siguen existiendo dentro y fuera de nuestras comunidades, y si no valoramos la importancia del trabajo de cuidados en su sentido más amplio: el cuidado de las personas, las relaciones, los sistemas alimentarios, la comunidad y los territorios. ●

Diana Lilia Trevilla Espinal

Agroecóloga, feminista ecologista, antirracista, candidata a doctora en Ciencias en Ecología y Desarrollo Sustentable, El Colegio de la Frontera Sur
diana.trevilla@gmail.com

Ivette Peña Azcona

Agroecóloga, indígena zapoteca, candidata a doctora en Ciencias en Ecología y Desarrollo Sustentable, El Colegio de la Frontera Sur
mambiente.ivett@gmail.com

Referencias

- FAO (2010). **Las mujeres en la agricultura. Cerrar la brecha de género en aras del desarrollo**. Roma. <http://www.fao.org/in-action/agronoticias/detail/es/c/506139/>
- Ferguson, B. G.; Morales, H.; Chung, K., y Nigh, R. (2019). **Scaling out agroecology from the school garden: the importance of culture, food, and place**. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 43(7-8), pp. 724-743.
- Gilligan, C. (2013). **La ética del cuidado**. Barcelona: Cuadernos de la Fundació Víctor Grífols i Lucas.
- Trevilla-Espinal, D. L., y Peña-Azcona, I. (2020). **Territorializar la soberanía alimentaria: prácticas feministas en el sur de México**. *LEISA revista de agroecología*, 36(1), pp. 28-30.
- Nobre, M.; Faria, N., y Moreno, R. (2015). **Las mujeres en la construcción de la economía solidaria y la agroecología**. São Paulo: SOF.
- Zuluaga, S. G. P.; Catacora, V. G., y Siliprandi, E. (2018). **Agroecología en femenino. Reflexiones a partir de nuestras experiencias**. Bolivia: SOCLA-CLACSO.

Agradecimientos

Helda Morales, Amparo G. Pérez Hernández, Nancy B. Antonio Miguel, Mercedes Cristóbal Pintado, Isabel Reyes, Cecilia Limón, Christiane Junghans, Estibaliz Narvaez, Nancy Serrano, Ruve Culej, Ariadna M. Estañol, Guadalupe Santiz, Yotzin Bravo, Laura Rubio, Magdalena Jiménez, Loreto Rondizzoni, Miriam Linares, Bruce Ferguson, José I. Sántiz García, Miguel Espinosa, Mateo Mier y Terán, y Peter Rosset.

Agricultura altoandina en manos de las mujeres

LIDIA PAZ HIDALGO

En el Altiplano andino de Copacabana, Bolivia, las mujeres tienen un papel de liderazgo en el restablecimiento de las formas campesinas de agricultura, al mismo tiempo que establecen conexiones innovadoras con la población urbana. Al hacerlo están creando sistemas agrícolas que no solo nutren a la comunidad y a sus recursos naturales, sino que también apoyan a las poblaciones vulnerables en la ciudad y garantizan el acceso a alimentos seguros y saludables durante la actual pandemia.

Las comunidades rurales de Bolivia están amenazadas por la introducción de fertilizantes químicos y semillas certificadas, por el monocultivo y por el cambio climático, que están llevando a la degradación de sus recursos naturales. Para revertir esta tendencia, comunidades del municipio de Copacabana se han decidido a participar en la lucha por la soberanía alimentaria. Han abrazado la agroecología como un medio para reafirmar su modo campesino de vida, así como para resistir activamente al sistema capitalista que busca atrapar a los productores en círculos viciosos de dependencia, mientras canaliza las ganancias hacia las corporaciones multinacionales. Anteriormente las familias campesinas en estas comunidades manejaban una alta diversidad de papas nativas que ahora han desaparecido porque los mercados de consumo favorecen algunos tipos en particular. Esta tendencia ha sido facilitada y reforzada por el gobierno que, desde la década de 1980, ha impuesto leyes y regulaciones que exigen que las semillas estén certificadas y sancionan la venta de semillas autóctonas no registradas.

Recuperar la diversidad de la papa

La papa se reproduce comúnmente a través de su tubérculo (aunque el tubérculo a menudo se denomina erróneamente "semilla de papa"), que produce plantas idénticas y, por lo tanto, no contribuye a la biodiversidad. Sin embargo, las papas también se pueden reproducir utilizando las semillas de los pequeños frutos que aparecen después del periodo de floración de la planta. Las plantas obtenidas a partir de semillas dan lugar a tubérculos que son genéticamente diversos. De esta manera, los rasgos de las plantas de variedades perdidas hace mucho tiempo se pueden recuperar. De 2017 a 2019, el Centro de Comunicación y Desarrollo Andino (CENDA) y comunidades de Copacabana se embarcaron en un proceso de experimentación para recuperar esas variedades a fin de fomentar la biodiversidad y desarrollar cepas con mayor resistencia al cambio climático. No fue fácil. Al principio las papas eran muy pequeñas, pero, mediante procesos de ensayo y error, pudieron obtener papas suficientemente grandes para consumo.

No es solo el tamaño lo que importa en el cultivo de papa. Ahora, con una base de más de 100 variedades diferentes, pueden seleccionar y cruzar variedades de acuerdo a sus propias necesidades y a valores como el gusto, la salud y la resistencia a enfermedades y heladas. También significa que ellos pueden producir y guardar sus propias semillas para la reproducción, eliminando la necesidad de comprar tubérculos y, a su vez, recuperando para ellos mayor autonomía. Como lo expresó uno de los campesinos: "Habíamos perdido



Mujeres formando mujeres. CENDA

al comprar tubérculos certificados, incluso nos hemos endeudado con las empresas que los venden. Por eso ahora estoy produciendo semilla de *mak'unku*, para sembrarla yo mismo. Con eso avanzamos".

En las manos de mujeres campesinas

Las mujeres de Copacabana desempeñan un papel de liderazgo en la ampliación de la práctica de criar y manejar diversas variedades de papa, tanto dentro como fuera de la región. El recurso que emplean son las ferias de papa, en las que exhiben e intercambian más de 160 variedades. Si bien el intercambio de semillas es una antigua práctica en Bolivia, se ha vuelto menos común con el paso de los años. Debido a la globalización económica, los mercados locales se han convertido en un sitio para la compra y venta de productos básicos. Frente a ello se revalorizan las prácticas de intercambio basadas en la solidaridad, a través de las ferias de semillas. Aquí los campesinos y otros miembros de la comunidad conocen e intercambian variedades de papa con diversos colores, sabores, texturas y cualidades medicinales. Se premia a los campesinos que tienen la mayoría de los intercambios y los que tienen más diversidad de papas. Muchas veces son mujeres las ganadoras de esos premios.

A pesar de los éxitos logrados en el cultivo de diversas variedades de papa y su difusión a través de ferias, persisten algunos desafíos. Un desafío importante radica en la naturaleza de la demanda de los mercados. La mayoría de las papas se venden a los mercados regionales de la cercana ciudad de

Quillacollo o a través de intermediarios que llegan a las comunidades con camiones. En estos mercados hay una fuerte preferencia por la variedad *waycha*. Las papas tienen que ser de un cierto tamaño y terminan en las ciudades, donde la mayor parte se utiliza para preparaciones de comida rápida. Esta demanda restringida a una sola variedad de papa impide que los cultivos en las comunidades sean más diversos, lo cual expone a los productores a los riesgos inherentes al cultivo de una sola variedad: vulnerabilidad a los cambios en el clima, enfermedades y plagas, y fluctuaciones en los precios del mercado.

Los agricultores en el campo sostienen a poblaciones vulnerables en la ciudad

Las adversidades de los mercados y la pandemia

Aparte de la selección de las papas, las mujeres también juegan un papel protagónico experimentando con nuevas verduras. A muchas mujeres les preocupan las hortalizas disponibles en el mercado, que son producidas por grandes fincas en el valle utilizando una gran cantidad de pesticidas y son costosas en algunos períodos del año. Produciendo verduras que son menos comunes en la región, las mujeres han podido reducir su dependencia del mercado y pueden proporcionar a sus familias alimentos frescos, saludables y diversos. Mediante el uso de partes de sus fincas con diferentes altitudes y microclimas, así como con el establecimiento de pequeños invernaderos, pueden cultivar una amplia gama de variedades con diferentes requisitos en términos de agua, suelo, temperatura y sombra. Las variedades con las que experimentaron las mujeres incluyen lechuga, zanahoria, cebolla, repollo, rábano, perejil, apio, acelgas, remolacha, nabo, habas y guisantes. Ellas aprendieron a cultivar estos “nuevos” cultivos intercambiando sus experiencias entre mujeres de la comunidad, pero también internacionalmente. Victoria Quispe, una líder campesina, declaró al volver de un viaje a Guatemala: “Antes no sabía cómo producir mis verduras. He aprendido en mis viajes. No funcionó la primera vez porque sembré demasiado pronto. Ahora sí funciona y no necesito comprar en el supermercado de Quillacollo”. Las mujeres también experimentan con prácticas agroecológicas, como el mejoramiento del suelo mediante el uso de estiércol de oveja, llama y alpaca, y el manejo de plagas y enfermedades utilizando extractos de plantas, cenizas, minerales y trampas para insectos.

Los huertos no solo juegan un papel en la alimentación cotidiana de las familias, son también cruciales en tiempos de crisis. Durante la pandemia de covid-19 el transporte entre el campo y las ciudades estuvo severamente restringido. Ahora que las familias tienen sus propios productos, no necesitan viajar como antes a las tiendas de la ciudad. Además, durante la pandemia muchas familias que habían emigrado a las ciudades se trasladaron temporalmente al campo, donde sabían que tendrían acceso a los alimentos producidos por la comunidad. La pandemia también motivó a muchas familias que antes no tenían un huerto a establecer uno.

Reciprocidad entre campo y ciudad

Las papas y las verduras son importantes para la alimentación de las familias rurales y las comunidades, pero también desempeñan un papel en la obtención de alimentos para poblaciones vulnerables de la ciudad. En décadas pasadas muchas

personas de comunidades rurales migraron a las ciudades en busca de mejores empleos, oportunidades de educación y medios de vida para ellos mismos y sus hijos. Una vez en las ciudades, la población migrante, especialmente las mujeres, se encuentra en una posición vulnerable. Tienen pocas personas en quienes apoyarse, ocupan puestos de trabajo arriesgados y afrontan la inseguridad alimentaria. La mayoría de las familias migrantes se asienta en las afueras de ciudades intermedias como Vinto y Quillacollo, y se gana la vida informalmente vendiendo refrescos, verduras o helados. Algunas personas continúan teniendo un huerto en sus comunidades de origen. Santiago Bautista es uno de ellos: “Estoy feliz de poder producir mis propias coles, zanahorias y cebollas para compartir con mi familia. Estoy feliz de tener mi propio pequeño invernadero”. Además de las verduras, las papas también van a las ciudades para ser transformadas en chuño o tunta, un método tradicionalmente utilizado por los quechuas y aymaras para deshidratar las papas a fin de que puedan ser guardadas durante años.

El campo también apoya a las personas vulnerables en la ciudad a través de una red de relaciones recíprocas. Muchas mujeres que cultivan hortalizas en el campo comparten sus productos con su familia extensa en las ciudades. Así, familias que viven en el campo, pero no cultivan hortalizas, pueden obtenerlas de otros miembros de la comunidad como regalo, a través del intercambio con otros productos o comprándolos a precios muy bajos y luego pasándolos a familiares en la ciudad.

Restaurando el conocimiento ancestral

Con el establecimiento de formas más diversas de agricultura, las comunidades de Cocapata también llegaron a revalorar conocimientos y prácticas de manejo ancestrales. Hasta hace unos cinco a 10 años, los campesinos administraban sus campos mediante un estricto ciclo de rotación. Después de uno o dos ciclos de cultivo de papa, la tierra se dejaba reposar por un período de 10 a 15 años. Sin embargo, debido a la presión para satisfacer la demanda del mercado, los agricultores ya no cumplen con esos principios. Las papas ahora se cultivan por hasta tres años consecutivos. Esto ha creado problemas con las enfermedades que permanecen latentes en el suelo durante muchos años. El cultivo de papa es ahora más intenso, lo cual también agota la fertilidad del suelo y lleva a los productores a utilizar fertilizantes químicos que degradan y, aún más, contaminan el suelo.

Para reducir la presión sobre la tierra, los agricultores están introduciendo variedades o especies que se adaptan mejor al clima actual. Estas son intercaladas, plantadas en diferentes períodos de la temporada o cultivadas a diferentes altitudes. Las legumbres como el tarwi, que fijan nutrientes en el suelo, también se incorporan a los ciclos de rotación. Estas nuevas prácticas están respaldadas por conocimientos ancestrales. Al observar ciertos indicadores, como el florecimiento de los cactus, el aullido de los zorros, la coloración de determinadas algas, el patrón de las nubes y la humedad bajo las piedras, se hacen predicciones climáticas para decidir el momento y la ubicación de las siembras. Los agricultores observan y adaptan constantemente estos indicadores en respuesta a los impactos del cambio climático. Así, al recuperar conocimientos ancestrales y combinarlos con nuevas prácticas agroecológicas, las comunidades rurales son capaces de hacer frente a los desafíos de la globalización y el cambio climático, al tiempo que se alimentan ellas mismas y a las poblaciones urbanas. ●

Lidia Paz Hidalgo

Trabaja con mujeres campesinas en Bolivia y es técnica agrícola en CENDA.

agropaz@yahoo.es

Hacia una agroecología feminista reparadora

RACHEL BEZNER KERR



Es bastante común recibir siempre la misma clase de pregunta cuando relaciono equidad de género y feminismo con agroecología. Esto sucede tanto por parte de pares revisores científicos como en círculos políticos. La pregunta en cuestión es: ¿qué tiene que ver esto con la agroecología?

La respuesta, en mi opinión, lo es todo: si no se abordan las desigualdades de género y otras desigualdades sociales, y si no se desarrollan nuevas formas de organización que aborden la injusticia, la agroecología es simplemente una forma de cultivar respetuosa con el medio ambiente.

En el informe de 2019 del Panel de Expertos de Alto Nivel de las Naciones Unidas (HLPE) sobre agroecología y otras innovaciones para abordar la seguridad alimentaria y la nutrición, del que fui coautora, destacamos cómo la atención a las dinámicas de poder es una de las formas fundamentales para diferenciar la agroecología de otros enfoques de agricultura sostenible. No se trata solo de la desigualdad de género, sino de las múltiples desigualdades sociales que, a distintos niveles, son inherentes al sistema alimentario. El término interseccionalidad, acuñado por la académica feminista K. Crenshaw, se refiere a las formas superpuestas e interactivas en que la raza, la sexualidad, la clase, el género y otras categorías de diferencia actúan como múltiples fuentes de poder y formas de opresión a nivel individual, social e institucional.

El marco de la agroecología va más allá de un conjunto de prácticas y enfoques para garantizar los beneficios ecológicos de

la agricultura, ya que trata de construir un sistema alimentario justo y equitativo. La agroecología no se limita únicamente a la cuestión de cómo cultivar alimentos, sino que también trata de abordar el poder. En este sentido, términos como “agroecología transformadora” dirigen la atención sobre los factores políticos y económicos que conforman el sistema alimentario, aunque aún se presta poca atención a las dinámicas de poder dentro de los hogares y las comunidades que utilizan enfoques agroecológicos. Si la agroecología incrementa la carga de trabajo de las mujeres a expensas de su salud y bienestar, o no piensa en los trabajadores agrícolas y sus familias, entonces no está abordando la justicia social.

Una agroecología feminista es, por tanto, aquella que busca la manera de integrar las desigualdades en los enfoques agroecológicos y se esfuerza por situar las consideraciones de justicia social en el centro de los esfuerzos para cambiar los valores y los procesos. Pero, ¿cuáles son las implicaciones de determinadas prácticas en el tiempo, el trabajo y el tiempo libre de las personas?, ¿cómo se reparten las decisiones y las tareas sobre qué cultivar, cómo gestionar las fincas, cómo cuidar a los miembros de la familia y qué hacer con la cosecha?, ¿se comparten los beneficios de la producción agroecológica dentro y entre las familias y las comunidades?, ¿se explota a las personas?

En el trabajo que hemos realizado en Malawi, en colaboración con una organización sin ánimo de lucro dirigida por agricultores (Soils, Food and Healthy Communities, www.soilandfood.org), hemos

examinado cómo la agroecología puede contribuir a reparar las brechas sociales que se generan en el actual sistema alimentario, incluyendo las dinámicas de género. Estos esfuerzos no son sencillos ni están exentos de lucha, pero pueden proporcionar un cambio real y significativo a medida que las familias agricultoras utilizan métodos agroecológicos no solo para recuperar los suelos, sino también para abordar y acabar con las desigualdades arraigadas en las familias y las comunidades. ●

Rachel Bezner Kerr

Profesora del Departamento de Desarrollo Global de la Universidad de Cornell, EE. UU.
rbeznerkerr@cornell.edu

Referencias

- Bezner Kerr, R.; Hickey, C.; Lupafya, E., y Dakishoni, L. (2019). **¿Reparar las rupturas o reproducir las desigualdades? Agroecología, soberanía alimentaria y justicia de género en Malawi.** *Journal of Peasant Studies*, 46(7), pp. 1499-1518.
- High Level Panel of Experts on Food Security and Nutrition [HLPE] (2019). **Agroecological and other innovative approaches for sustainable agriculture and food systems that enhance food security and nutrition.** Roma: FAO.

La agroecología alimenta el espíritu de la vida en la cosmología maya



Ceremonia tradicional. REDSAG

JUANA PATRICIA SANIC, MANUELA ELIZABETH TELÓN,
DAVID HUMBERTO PAREDES, FELIX ATONIO ARCHILA

Según la cosmovisión de los indígenas mayas en Guatemala, como seres humanos somos parte de los ciclos naturales de la vida. La colonización y la agricultura industrial rompieron esta armonía mediante políticas agrarias capitalistas, despojo de la tierra, violencia contra las mujeres y guerra. Hoy las mujeres están trabajando con la agroecología en sus comunidades para recuperar sus valores tradicionales y reconstruir conexiones con la tierra y la comida.

Desde la perspectiva de los indígenas mayas, que constituyen la mayoría de la población de Guatemala, la agroecología es un sistema de vida: un sistema que protege diferentes variedades de semillas y diversas prácticas agrícolas donde todos los elementos vitales de la naturaleza convergen y se sincronizan armoniosamente. Abuelo Viento, Abuela Agua, Abuelo Fuego, Abuela Luna, Abuelo Sol, Madre Tierra y Padre Cielo componen la familia que da vida a nuestro planeta Tierra. La sincronización de estos elementos con las personas permite una forma de agricultura en la que todos están conectados. Un elemento no puede vivir sin el otro; cada uno cumple muchas funciones que son sostenidas por otros elementos. De esta forma, la madre naturaleza genera productos que nutren no solo los cuerpos vivos, sino también el espíritu de vida.

Las mujeres siempre han jugado un papel importante en la agricultura y en la protección de esta delicada armonía con la naturaleza. En una historia tradicional maya de cómo se domesticó la agricultura (ver recuadro), son las mujeres las primeras en plantar y cosechar su propia comida.

El auge de la agricultura moderna

Hasta la década de 1940, los granos de cacao se utilizaban como forma de dinero en Guatemala. Se les consideraba muy valiosos y, por su exquisito sabor y otras propiedades, también fueron ofrecidos a los dioses. Asimismo, la práctica del trueque era muy común; las familias intercambiaban los productos agrícolas que cosechaban, por ejemplo, maíz por hierbas o frijoles por huevos.

Sin embargo, durante el último siglo todo cambió. Lamentablemente, con la imposición del modelo económico vigente en la década de 1940, la agricultura fue incorporada al sistema de mercado y su rol dentro de la sociedad se comercializó. Los alimentos, antes producidos para tener comidas saludables, pasaron a producirse para el comercio y la ganancia. En las décadas de 1950 y 1960 surgieron empresas agroindustriales que actuaban como dueñas del país, invadiendo y

arrebatando tierras a indígenas y campesinos para practicar agricultura de gran escala.

A partir de 1960, Guatemala sufrió 36 años de guerra centrada en la lucha por el control de la política, el poder económico y la tenencia de la tierra. Muchas comunidades indígenas y campesinos sufrieron torturas y masacres, y sus aldeas y casas fueron quemadas. El gobierno, el ejército y las fuerzas de seguridad aplicaron la política de “tierra arrasada”, que consistía en eliminar violentamente cultivos, viviendas y personas rurales. Se destruyeron los documentos que demostraban la propiedad de las tierras de la población indígena y campesina para allanar el camino a su expropiación.

La explotación de mujeres indígenas y campesinas

Durante más de tres décadas de guerra, miles de mujeres murieron después de ser violadas por soldados y torturadas de muchas formas. Les cortaron los senos para que no pudieran amamantar y les extrajeron sus hijos del útero. Las mujeres campesinas e indígenas fueron consideradas enemigas porque representaban una conexión con la vida y con la tierra a través de sus conocimientos, prácticas y capacidad para crear y nutrir una nueva vida; es decir, nuevos campesinos que podrían rebelarse contra los que están en el poder.

Las familias indígenas y campesinas se quedaron sin tierras y sin las condiciones necesarias para llevar una vida digna. Tuvieron que buscar terratenientes dispuestos a proporcionar alojamiento a cambio de mano de obra agrícola. Esencialmente, las comunidades campesinas e indígenas fueron empujadas a la esclavitud para poder sobrevivir. De nuevo, las mujeres sufrieron más. Los terratenientes se aprovechaban de su situación de vulnerabilidad para obligarlas a tener relaciones sexuales con sus jefes. Negarse significaba que las familias se arriesgaban a ser desalojadas y despojadas de sus hogares, o a tener que trabajar más o realizar trabajo más pesado. Los terratenientes no consideraban a las mujeres como seres humanos, sino como objetos sexuales.

Si bien estos extremos han quedado atrás, en Guatemala la violencia contra la mujer rural no ha desaparecido. Los derechos humanos, especialmente los de las mujeres campesinas e indígenas, a menudo son violados por grupos de la élite y grandes corporaciones. Los gobiernos municipales, departamentales y nacionales ceden ante sus demandas, ya que son ellos los que financian sus campañas políticas, contribuyendo así a mantener un sistema de explotación, sumisión y desigualdad.

Más equidad a través de la agroecología

En el período del que nos cuentan nuestras abuelas y abuelos mayas, la agricultura era una práctica cultural en la que mujeres, hombres, jóvenes, ancianos y niños podían participar sin discriminación. Uno de los objetivos más importantes de REDSAG, la Red Nacional para la Defensa de la Soberanía Alimentaria en Guatemala, es el de reactivar esta práctica y defender los derechos de las mujeres en la soberanía alimentaria.

Romper con el sistema racista y patriarcal que apunta nuestra sociedad es un gran desafío, pero estamos empeñados en lograrlo, restaurando el equilibrio entre mujeres, hombres, fauna, flora y los elementos desde la perspectiva de la cosmovisión maya, según la cual nuestra identidad es nuestra historia y nuestra historia es nuestra identidad.

Años de vivir en el patriarcado y la guerra civil han profundizado las desigualdades. Sin embargo, la agroecología tiene sus raíces en la creencia de que todos pueden sembrar, trabajar la tierra, cosechar y cocinar productos agroecológicos de sus propias parcelas. Creemos que, al habilitar la práctica agroecológica, estamos trabajando hacia una distribución más equitativa de la pesada carga del trabajo doméstico. A veces las mujeres de las comunidades participan en las reuniones, mientras que los hombres se encargan de la familia. Hay hombres que han aprendido a cocinar y asumen este trabajo en casa

con más frecuencia que antes. Estos son cambios importantes. Poco a poco, estamos impulsando la conciencia necesaria para transformar las realidades de la mujer.

REDSAG sensibiliza a través de la formación en escuelas, iglesias, con los medios de comunicación y mediante la promoción política. Es una tarea ardua pero necesaria; nosotros estamos trabajando para la adopción nacional de políticas públicas que protejan los derechos de la mujer.

En REDSAG también estamos capacitando a mujeres como agrofeministas, cuyo enfoque es preservar y promover la salud, recuperar los conocimientos culturales, tradicionales y ancestrales, y alzar nuestras voces juntos en defensa y protección de nuestros activos naturales. Estamos estableciendo bancos de semillas criollas y nativas en todos los territorios del país. Apuntamos a crear capacidad en el ámbito de la agroecología y la economía comunitaria tanto para hombres como para mujeres, impulsando a los hombres a dar a las mujeres el espacio que se merecen y por el que siguen luchando.

En la cosmovisión maya hay un entendimiento de que hombres y mujeres tienen los mismos derechos. Se complementan en un sistema armonioso de vida que está en equilibrio con todos los sistemas de vida que nos rodean. Solo reviviendo y protegiendo los conocimientos y prácticas ancestrales de nuestras abuelas y abuelos seremos capaces de respetar todo lo que nos rodea y se conecta con nuestras propias formas tradicionales de interactuar con el “conocimiento espiritual” del planeta. ●

**Juana Patricia Sanic, Manuela Elizabeth Telón,
David Humberto Paredes, Felix Atonio Archila**

Red Nacional por la Defensa de la Soberanía Alimentaria en Guatemala (REDSAG).
redssag@gmail.com

Cómo se domesticó la agricultura Una antigua historia maya

Los abuelos mayas cuentan que cuando los mayas eran nómadas, los hombres eran responsables de buscar comida para la familia en la montaña. A su vez, las mujeres tenían a su cargo el cuidado de los niños y la preparación de los alimentos.

Hubo un tiempo en que las mujeres anhelaban que sus maridos no tuvieran que salir a cazar, pero no se les ocurrió nada que pudiera mantenerlos en casa. Siendo nómadas, se asentaban en lugares donde podían abastecerse de comida y agua. En una de estas paradas, durante la temporada de lluvias, los hombres no salieron a cazar por mucho tiempo.

Como era costumbre, las mujeres siempre tuvieron un lugar cerca de casa donde tirar las sobras de la cocina, como si fuera una pila de compost. En ese lugar también arrojaban desechos animales, como abono. El estiércol contenía semillas de diferentes variedades, pero las mujeres, acostumbradas al estilo de vida cazador-recolector, no les prestaron atención.

Luego, en un momento dado, una mujer se dio cuenta de que, con las lluvias recientes, varias semillas arrojadas a la pila de abono habían comenzado a germinar. Su

curiosidad la llevó a trasplantar las plántulas alrededor de su casa. Todos los días iba a verlas crecer e incluso les hablaba con afecto. A medida que pasaban los días, las semillas se fueron convirtiendo en muchos tipos diferentes de plantas porque la mujer había arrojado una gran diversidad de semillas al compost. Algunas semillas eran de hortalizas, otras eran de frutas, otras eran variedades de maderas preciosas que había encontrado en las montañas.

Así fue como la mujer descubrió que todas las plantas de las montañas crecen a partir de semillas, en algunos casos incluso semillas muy pequeñas. Mostrándole su descubrimiento a su esposo, le dijo que buscara semillas para sembrar cerca de casa. A partir de ese momento el hombre pasaba su tiempo buscando semillas y ayudando a su esposa a sembrarlas. La mujer también le dijo a su esposo que, en lugar de cazar animales, podría buscar sus crías, para criarlas y así tener varios alimentos cerca de casa sin necesidad de ir a cazar. El esposo hizo eso y también empezó a buscar una amplia gama de semillas, plantas medicinales, árboles y variedad de frutas y verduras. Esta es la historia maya de cómo se domesticó la agricultura gracias a las mujeres.

Recuperando nuestras economías alimentarias indígenas

DIANE WILSON, ROWEN WHITE, ELIZABETH HOOVER



Las economías indígenas tradicionales en América del Norte siempre se han arraigado en una comprensión cultural profundamente codificada de la reciprocidad, la administración, las relaciones y la abundancia innata de los sistemas ecológicos vivos. El cultivo y la recolección de alimentos se hizo con la creencia de que los seres humanos son parte del sistema vivo y que deben cuidar la tierra como ella los cuida. Nuestras preciosas semillas a menudo fueron cuidadas por mujeres que cultivaron la tierra con amoroso cuidado, mientras cantaban y oraban en nombre de las generaciones futuras. Nuestros antepasados tenían vibrantes redes comerciales regionales e intertribales para intercambiar semillas, alimentos, artesanías y otras necesidades, las cuales también eran lugares de intercambio social y cultural.

Los pueblos indígenas de las Américas domesticaron algunos de los cultivos más valiosos del mundo, como el maíz, los frijoles, la calabaza, las papas, los tomates y el chocolate. Los sistemas alimentarios indígenas también incluían pesca, caza y recolección de alimentos altamente nutritivos en el medio silvestre. Desafortunadamente, los programas de asimilación

del gobierno de EE. UU. reemplazaron los alimentos y las dietas tradicionales con alimentos básicos como el trigo, el azúcar y las grasas procesadas. Como la comida es fundamental para las culturas indígenas, muchas comunidades también perdieron el conocimiento y las habilidades para cultivar y preparar los alimentos tradicionales, así como las ceremonias y oraciones que acompañaban cada temporada.

Hoy los impactos combinados de la colonización y los alimentos básicos han devastado la salud y la cultura de las comunidades nativas. El cambio de la cosmovisión relacional que informa a las economías indígenas, a una cosmovisión extractiva y capitalista que lo considera todo –tierra, agua, plantas, animales– como una mercancía para ser explotada con fines de lucro, ha sido devastador. El sistema alimentario industrial moderno está incrustado en una lógica económica basada en ganancias a corto plazo, sin tener en cuenta las consecuencias o relaciones a largo plazo. Esto ha llevado al maltrato de nuestras semillas ancestrales, que las corporaciones sienten que pueden alterar y controlar genéticamente a expensas del valor nutricional, la soberanía y la resiliencia de las semillas.

Creemos que la restauración cultural indígena está inextricablemente vinculada a la revitalización de nuestras semillas y sistemas alimentarios tradicionales. El cultivo de alimentos ancestrales nos ayuda, a los pueblos indígenas, a sanar de un trauma histórico, a recordar quiénes somos y

a honrar nuestros acuerdos recíprocos para cuidar de nuestra Madre Tierra. En la Alianza por la Soberanía Alimentaria de los Nativos Americanos (NAFSA), a través de nuestra Red de Semilleros Indígenas, organizamos intercambios de semillas, talleres y matriación de semillas-reliquia entre instituciones y comunidades de origen. El Programa Culinario de NAFSA reúne a chefs nativos en formación con pares más experimentados.

Recuperar las rutas alimentarias tradicionales refuerza iniciativas comunitarias como la inmersión lingüística, la revitalización de los ritos culturales de pasaje y otras iniciativas profundamente espirituales y basadas en la cultura. Cultivando, cocinando y compartiendo nuestros alimentos ancestrales, estamos literalmente reindigenizando nuestros cuerpos de adentro hacia afuera. ●

Diane Wilson

Directora ejecutiva de NAFSA.
diane@nativefoodalliance.org

Rowen White

Director de programa para NAFSA y
Fundador de Sierra Seeds.

Elizabeth Hoover

Profesora asociada en Berkeley,
Universidad de California, e integrante
del Comité Ejecutivo de NAFSA.

La Alianza por la Soberanía Alimentaria de los Nativos Americanos (NAFSA) en los EE. UU. es una red nacional de líderes indígenas dedicada a restaurar los sistemas alimentarios que apoyan la autodeterminación tribal, el bienestar de la comunidad y la reconstrucción de las relaciones con la tierra, el agua, las plantas y los animales.



Abuko Harriet y su esposo Edielu Daniel, de Otuboi, Uganda, muestran su diagrama para tres años del "Viaje por la ruta de la visión".
■ PELUM Uganda

Más justicia a través de la agroecología en Uganda

JOSHUA AIJUKA, ROBERT GULOBA, DENIS OKELLO, MARY BAGANIZI

Un nuevo enfoque para abordar la desigualdad en Uganda a través de la agroecología está generando resultados interesantes. Mediante herramientas de reflexión culturalmente apropiadas, las mujeres y hombres rurales están fortaleciendo sus prácticas agroecológicas, al mismo tiempo que desafían las normas socioculturales. En el contexto del cambio climático y de la pandemia de covid-19, se están dando colectivamente pasos importantes para garantizar sistemas alimentarios justos y resilientes.

Desde 2018, las comunidades Acholi y Teso, en el norte y este de Uganda, han estado fortaleciendo sus prácticas agroecológicas para restaurar y renovar sus cultivos y usos de alimentos tradicionales y silvestres. Esto se hizo utilizando herramientas relativamente sencillas, a partir del enfoque de Sistemas de Aprendizaje de Acción de Género (GALS, por sus siglas en inglés), para analizar los desafíos subyacentes. De manera conjunta, se generaron acciones prácticas para abordarlos, como la agregación de valor, el mapeo de recursos, la domesticación *in situ* de alimentos silvestres, la creación de bancos de semillas comunitarios, y la organización de ferias de semillas y alimentos autóctonos. Estas acciones se plasmaron en planes de acción comunitarios, donde una parte fundamental de este proceso consistió en tratar la desigualdad que existía en los hogares.

Las mujeres en la agricultura en Uganda

Las mujeres del norte de Uganda se dedican tradicionalmente a diversas actividades agrícolas, desde la producción hasta la transformación, el transporte y la venta. La emigración de los hombres a las ciudades ha aumentado aún más la carga de trabajo agrícola de las mujeres y las niñas, que también son responsables de la alimentación del hogar y de otros trabajos de cuidado no remunerados.

En comparación con los hombres, la mayoría de las productoras carecen de acceso a los conocimientos y a las herramientas adecuadas. En los últimos cinco años, el gobierno ha emprendido algunos esfuerzos para promover la tracción animal y la mecanización de las fincas, pero ha hecho muy poco para abordar las barreras culturales que impiden que las mujeres sean propietarias de los recursos productivos. En ese



Muestra de alimentos silvestres y tradicionales durante una feria regional en el distrito Lamwo, Uganda. ■ Robert Guloba

sentido, el poder de decisión de las mujeres en la producción agrícola es muy limitado y alrededor del 65% de las productoras carecen de control sobre los ingresos de sus actividades agrícolas, lo que a menudo conduce a la violencia doméstica.

La crisis de la covid-19 ha incrementado aún más la carga de las mujeres rurales en la producción de alimentos, ya que algunos miembros de la familia regresaron a las zonas rurales para refugiarse durante la pandemia. El acceso a recursos agrícolas fundamentales como semillas, conocimientos y mercados se vio gravemente afectado durante el bloqueo. En el caso de las prácticas tradicionales de conservación de semillas, estas se vieron particularmente afectadas, dado que muchas familias recurrieron al consumo de sus reservas. La falta de recursos financieros y el hecho de que los hombres pasaran más tiempo de lo habitual en el hogar también contribuyó a aumentar los niveles de violencia doméstica.

Luchando por un cambio de perspectiva

Desde 2018, unos 3000 hogares de las subregiones de Teso y Acholi, en el norte y el este de Uganda, utilizan los GALS como parte de un enfoque agroecológico más amplio. Esta región es conocida por sus pastizales de sabana y sus largas estaciones secas, lo que hace que las prácticas agroecológicas y los sistemas de manejo sean especialmente relevantes. Los productores de estas regiones suelen tener un nivel de educación más bajo, al tiempo que son menos activos, y su acceso a los servicios y las infraestructuras es más limitado que en la región central. En épocas de crisis como sequías prolongadas, lluvias torrenciales, brotes de plagas (tales como una reciente invasión de langostas en la región) o la pandemia de covid-19 hacen que muchas familias adopten estrategias que las perjudican, como la venta de tierras y ganado.

A través del uso de los GALS, los productores empezaron a reflexionar acerca de los roles y las responsabilidades al interior de sus hogares en relación con el acceso y la propiedad de los recursos, al mismo tiempo que desarrollaban competencias técnicas en materia de prácticas agroecológicas.

Este proceso fue iniciado por Trócaire y PELUM Uganda, en colaboración con socios locales: SOCADIDO en el distrito de Katakwi, TEDDO en el distrito de Kalaki, ARLPI en el distrito de Omoro y SARDNET en el distrito de Lamwo. Un pequeño número de comunidades participantes ya estaban experimentando con prácticas agroecológicas a pequeña escala, pero todas eran nuevas en la metodología GALS.

El aprendizaje entre pares es el elemento central de este enfoque, en el que los denominados “campeones” aprenden a utilizar las herramientas del GALS para después capacitar a otros en su comunidad. Los campeones masculinos fueron seleccionados explícitamente para ser agentes de cambio entre sus compañeros. Esta parte del proceso requirió bastante paciencia, y solo se pudo identificar a unos pocos hombres que se relacionaban con sus esposas de forma equitativa, apoyaban la toma de decisiones en igualdad de condiciones, y estaban dispuestos a llegar gradualmente a sus compañeros y transformar su perspectiva.

Mientras los miembros de la comunidad profundizaban en sus conocimientos y prácticas de agroecología (sobre todo en materia de compostaje, planificación y diseño de la finca, diversificación, agroforestería, colecta de agua, fertilidad del suelo, integración del ganado, bancos de semillas comunitarios y gestión integrada de plagas), empezaron a integrar las herramientas del GALS en el proceso. Esto permitió fortalecer la agroecología sin crear una carga de trabajo adicional para las mujeres, garantizando que hombres, mujeres, niños y niñas disfrutaran de los beneficios de la producción.

Un ejemplo de esto es la herramienta del “Viaje por la ruta de la visión”, a través del cual varias familias presentaron una visión de producir y vender más verduras durante la estación seca. Identificaron el riego, la elaboración de compost y el secado al sol como las prácticas agroecológicas apropiadas para avanzar hacia esa visión. Otras familias utilizaron el “Árbol de acción del desafío” para identificar la deforestación como la causa principal del problema de la sequía en su contexto y, a la vez, para señalar a la agroforestería como la solución más adecuada.

La mayoría de las familias identificaron el cambio climático, materializado en forma de sequías prolongadas y fuertes lluvias, como su principal obstáculo. En busca de soluciones, las comunidades elaboraron mapas de peligros, mapas de deseos (visiones) de sus comunidades y planes de acción consistentes en soluciones agroecológicas adecuadas. En el distrito de Kalaki, por ejemplo, comenzaron a plantar árboles, restaurar humedales y abrir caminos para el ganado. A la par, las herramientas del GALS ayudaron a estas familias a equilibrar la responsabilidad compartida de este trabajo entre hombres y mujeres.

Herramientas de reflexión

Los Sistemas de Aprendizaje de Acción de Género (GALS) consisten en herramientas y diagramas sencillos a través de los cuales las comunidades pueden analizar los problemas de género y los problemas socioeconómicos más amplios que afectan a sus medios de vida para, después, generar sus propias soluciones.

Dentro de las distintas herramientas GALS, hemos comprobado que el “Viaje por el camino de la visión” ha sido la más exitosa. Con la ayuda de esta herramienta, hombres y mujeres pueden imaginar un futuro mejor y descubrir las formas para alcanzarlo. La herramienta

resulta atractiva para personas analfabetas y semianalfabetas porque utiliza diagramas e imágenes. Los hombres y las mujeres son guiados para que piensen en sus vidas pasadas, en su situación actual y en dónde quieren estar después de un período de tiempo definido. A continuación, diseñan un camino para el cambio e identifican los posibles riesgos y oportunidades.

Otra herramienta popular resultó ser el “Árbol de equilibrio de género”, utilizado para definir los roles de hombres, mujeres, niñas y niños dentro de un hogar: quién hace qué, quién decide qué, quién gasta más y

en qué, y quién se beneficia más de los ingresos del hogar. La herramienta también pone de manifiesto las desigualdades en la propiedad de los recursos y la toma de decisiones. Ha ayudado a hombres y mujeres a identificar las desigualdades existentes y a emprender acciones deliberadas para abordarlas, tomar decisiones conjuntas y dejar de gastar en cosas que no benefician al hogar.

Otras herramientas de GALS son: la “Carretera de varios carriles”, el “Árbol de acción de retos”, el “Mapa de empoderamiento” y el “Diamante de la justicia de género”.

Transformación de los roles en las familias

Esta experiencia ha motivado a hombres y mujeres productoras a abrazar la agroecología como vía para la realización de sus respectivos sueños. El fortalecimiento de las prácticas agroecológicas ha dado lugar a mayores rendimientos y diversidad, lo que ha mejorado la nutrición de los hogares. Además, hay indicios de una mayor resiliencia debido al hecho, por ejemplo, de que menos familias vendan activos productivos en tiempos de crisis.

También se observan relaciones más equitativas al interior de las familias ya que, en muchas de ellas, tanto las actividades productivas como las domésticas son llevadas a cabo por todos sus miembros. Desafiando las normas culturales preexistentes, las mujeres son ahora también propietarias de ganado, como cabras y ovejas. Esto ha llevado a una economía familiar más justa: los hombres participan en las tareas domésticas y en el trabajo agrícola, mientras que la toma de decisiones es compartida, lo que no ocurría antes. Varios hombres han empezado a realizar tareas domésticas como cocinar, ir a buscar agua y bañar a los niños, entre otras. En general, se han vuelto más receptivos y solidarios con las necesidades de sus esposas. Todo ello ha contribuido a reducir la carga de trabajo de las mujeres.

Hay un mayor reconocimiento de la forma en que las mujeres seleccionan las semillas no solo por su rendimiento y potencial de comercialización, sino también por sus cualidades de sabor y para garantizar la seguridad alimentaria del hogar. Además, la metodología GALS ha ayudado a las mujeres a seleccionar semillas resistentes al cambio climático. Así, tanto los hombres como las mujeres buscan ahora una diversidad de semillas de calidad para satisfacer sus necesidades.

No obstante lo anterior, no ha sido un proceso fácil. Una de las principales dificultades del GALS es la lentitud para cambiar las actitudes y los comportamientos de las personas, así como que, en general, es más fácil que las mujeres adopten la metodología que los hombres.

Factores de éxito

Reflexionando sobre nuestra experiencia, podemos identificar varios factores de éxito. En primer lugar, hemos comprobado

que la metodología GALS ayuda a las familias a participar en la agroecología con un objetivo final: su visión.

Otra razón de la eficacia de las herramientas GALS es que son dirigidas por las personas. La metodología capacita a las personas para analizar su situación y generar sus propias soluciones desde su propia perspectiva. Esto la diferencia fundamentalmente de los enfoques verticales (*top-down*). Asimismo, la difusión de estas herramientas a través de las estructuras de aprendizaje entre pares de la comunidad y de personas de referencia (como los “campeones” del GALS) mejora su apropiación y continuidad.

Otro factor crucial para el éxito de esta experiencia es que el GALS es culturalmente apropiado; no confronta ni emite juicios externos sobre las prácticas culturales. Además, se basa en dibujos relativamente sencillos que no requieren ningún nivel de alfabetización. Esto ha permitido a la gente ganar confianza para expresarse. Aunque al principio muchos no creían que “unos simples diagramas y dibujos” pudieran provocar una transformación, la confianza en la metodología aumentó y más personas asumieron funciones de liderazgo.

Una lección clave que surge de la pandemia de covid-19 es la vulnerabilidad del actual sistema alimentario y la necesidad de uno socialmente justo, localizado y más resiliente. La integración de GALS y la agroecología ofrece un rayo de esperanza para una transformación de abajo hacia arriba, inclusiva y dirigida por las personas, para abordar de forma holística y sistémica los desafíos profundamente arraigados que refuerzan la pobreza, la vulnerabilidad y la desigualdad en muchas comunidades de todo el mundo y, especialmente, en el África subsahariana. La ampliación de la agroecología con la integración de los GALS fortalecerá la recuperación tras la covid-19, así como la resistencia frente a los tiempos de incertidumbre que puedan venir. ●

Joshua Aijuka, Robert Guloba
PELUM Uganda.

Denis Okello, Mary Baganizi
Trócaire Uganda.
ian.dolan@trocaire.org

De la alimentación local a los sistemas alimentarios justos

COLIN ANDERSON, JESSICA MILGROOM, MICHEL PIMBERT



Familia campesina  Robert Guloba

El virus de la covid-19 ha sacado a mucha gente de la ilusión de que los alimentos globalizados y corporativos son seguros. Sin embargo, muchos no saben qué hacer al respecto. Algunos se han dedicado a hacer huertos de traspatio y a “comprar productos locales”, prácticas que son importantes para la soberanía alimentaria local. No obstante, en Europa y América del Norte, muchas de estas respuestas permanecen en el marco de un paradigma neoliberal basado en el mercado. Necesitamos desesperadamente enfocar nuestra acción en acabar con el poder corporativo en los sistemas alimentarios y apoyar cambios sistémicos a largo plazo.

Las iniciativas alimentarias locales son cruciales para construir sistemas alimentarios más justos y sostenibles. Apoyan las economías y la gobernanza de base local, ponen a los consumidores en contacto con los productores y su entorno natural, construyen comunidad, enseñan a la gente de dónde provienen sus alimentos, y evitan la producción agroindustrial de alimentos y los monopolios de los supermercados. Los huertos domésticos pueden también proporcionar alimentos saludables y asequibles, así como oportunidades de aprender y de conectar a las personas con

la naturaleza y los alimentos. Sin embargo, las iniciativas alimentarias locales y los huertos irían mucho más lejos en el impulso del cambio social si también se enfrentaran a las desigualdades estructurales y a la exclusión social.

En primer lugar, las iniciativas individuales de cultivo de huertos tendrían más impacto si fueran acompañadas de esfuerzos colectivos para asegurar el acceso a la tierra, organizar talleres o construir sistemas novedosos de intercambio local, por ejemplo, para quienes no tienen tiempo de trabajar en el huerto o dinero para comprar productos locales saludables.

En segundo lugar, si bien las comunidades locales fuertes son importantes para desarrollar sistemas alimentarios territoriales, este giro hacia el interior de la propia comunidad corre el riesgo de fomentar la exclusión y la división. Es necesario trabajar intencionadamente en la creación de redes, en la solidaridad y en la alianza con personas de otras comunidades o con orígenes diferentes.

En tercer lugar, es frecuente que iniciativas alimentarias locales puedan estar despolitizadas, centrándose exclusivamente en los aspectos técnicos de los sistemas alimentarios locales. A pesar

de ello, los ciudadanos pueden movilizarse simultáneamente para influir en la gobernanza de los sistemas alimentarios, trabajando con los gobiernos (locales), enfrentándose a la desigualdad estructural en las iniciativas alimentarias (por ejemplo, el antirracismo), o participando en la política contenciosa para confrontar otras políticas y prácticas que bloquean los sistemas alimentarios corporativos.

En cuarto lugar, estas iniciativas, localizadas en el norte global, raramente se enfrentan a la relación colonial que existe entre las corporaciones, los “comedores”, los grupos de élite y los gobiernos en el norte global con productores de alimentos y comunidades del sur global. La única manera de derribar este modelo es a través de un aprendizaje colectivo de amplia base y una acción transnacional que revele y deconstruya las relaciones coloniales que están en juego en los sistemas alimentarios.

Trabajando a contracorriente, los movimientos sociales están ampliando las dimensiones políticas de las iniciativas alimentarias locales. Promueven modelos económicos basados en la economía feminista y del decrecimiento que van mucho más allá del afán de lucro de la lógica económica capitalista. Tenemos que seguir cambiando nuestros esfuerzos de lo individual a lo colectivo, de lo exclusivo a lo inclusivo y de lo técnico a lo político para terminar con el poder corporativo y con las otras opresiones que se entrecruzan. ●

Colin Anderson
Jessica Milgroom
Michel Pimbert

Centro de Agroecología, Agua y Resiliencia,
Universidad de Coventry, Reino Unido.
Miembros de AgroecologyNow. Jessica
también es cofundadora de Cultivate!
colin.anderson@coventry.ac.uk

Cosechando la liberación de las mujeres campesinas en Brasil

CLEIDINEIDE PEREIRA DE JESÚS, DEBORAH MURIELLE SANTOS,
IRIDIANI GRACIELE SEIBERT, MICHELA CALAÇA

Al organizarse en un movimiento de feminismo popular campesino, las mujeres de Bahía, Brasil, han fortalecido prácticas agrícolas que incrementan su autonomía económica y han impulsado con éxito políticas que reconocen y apoyan su trabajo. Esta experiencia demuestra cómo las mujeres pueden dar forma a procesos organizativos y políticos, y convertirse en protagonistas de las soluciones a sus desafíos comunes.

En Brasil la sociedad se rige por relaciones sociales patriarcales, racistas y capitalistas que subordinan y consideran inferiores a las mujeres, en especial a las de origen rural. La situación es más grave para las mujeres negras, que también deben luchar contra el legado de la esclavitud y las desigualdades raciales, todavía arraigadas en la sociedad. Al reunirse para reflexionar sobre sus realidades y emprender acciones colectivas, las mujeres negras de Brasil están desafiando los sistemas que las explotan y, a la vez, están construyendo activamente alternativas agroecológicas. Las luchas por la autonomía económica y las políticas públicas de apoyo son un ejemplo de lo que las integrantes del Movimiento de Mujeres Campesinas en el estado de Bahía han denominado como feminismo popular campesino.

Luchando por los derechos de las mujeres

Bahía es el estado más grande del Nordeste de Brasil. Con una población mayormente negra, es hogar de diversas culturas y una larga historia de lucha contra el racismo y por la liberación y el campesinado, ya que Bahía tiene, además, el mayor número de minifundios de todo Brasil. Sin embargo, hasta 1988 las mujeres campesinas sufrieron discriminación y fueron excluidas social y políticamente. Como el estado no les reconocía derechos como trabajadoras rurales, no podían afiliarse a los sindicatos de trabajadores rurales, lo que les negaba el acceso a una plataforma a través de la cual articular sus demandas.

Para cambiar estas condiciones, las mujeres campesinas emprendieron una larga lucha en defensa de sus derechos. En 1982 mujeres en todo el estado comenzaron a reunirse para reflexionar sobre sus condiciones de vida y su realidad cotidiana. También empezaron a formular propuestas para mejorar su situación y fortalecieron sus prácticas agroecológicas como camino hacia una mayor autonomía e independencia. Poco a poco, se fueron organizando en un movimiento de alcance nacional, hasta que, en 2004, junto con movimientos de otros 16 estados brasileños, fundaron el Movimiento Nacional de Mujeres



Cosechando beterraga en la Hacienda Cigano, Riacho de Campana, Bahía, Brasil.  Henrique Sousa Silva

Campesinas (MMC), que actualmente está presente en 30 municipalidades de Bahía.

Hasta el día de hoy, el MMC ha luchado por el reconocimiento de las mujeres como trabajadoras rurales, así como por su derecho a los servicios de seguridad social. Esto condujo a cambios en la Constitución federal en 1988, donde se concedieron estos derechos (aunque actualmente varios derechos corren riesgo de ser desmantelados de nuevo). Si bien esto fue un avance importante, la lucha no ha terminado. Por ejemplo, el Programa Nacional de Fortalecimiento de Agricultura Familiar adoptado en 1995, que entre otras cosas otorga créditos a los agricultores familiares, no tenía una sección específica para las mujeres.

Desde 2007 el MMC lleva a cabo una campaña nacional sobre la producción de alimentos saludables que forma parte

Al reflexionar sobre las realidades cotidianas, las injusticias causadas por el patriarcado, el capitalismo y el racismo salen a la luz



Producción de azúcar con jugo de caña en la comunidad Santaninha, Riacho de Santana, Bahía, Brasil. ■ Deborah Murielle Santos

de su proyecto de promoción de la agricultura campesina agroecológica y feminista. El punto de partida fueron las experiencias de las mujeres campesinas y los desafíos que presentan para la agroindustria y el patriarcado. La iniciativa denuncia los efectos negativos del agronegocio en el medio ambiente y propone la construcción de la soberanía alimentaria como medio alternativo para la alimentación del país. Una de las piedras angulares de la campaña es que el trabajo de las mujeres en la producción de alimentos debe ser valorado y que las mujeres deben ser reconocidas como ciudadanas con derechos y como protagonistas en la construcción de la agroecología.

El redescubrimiento del huerto doméstico

En el marco de esta campaña nacional, las mujeres de Bahía participan en diversos intercambios y programas de formación en agroecología, feminismo y políticas públicas para la agricultura campesina. Este proceso de intercambio de conocimientos permite a las mujeres adoptar y adaptar prácticas agroecológicas. Al mismo tiempo, al reflexionar y analizar sus realidades cotidianas, las injusticias causadas por el patriarcado, el capitalismo y el racismo salen a la luz.

Por ejemplo, a partir de sus reflexiones y acciones, las mujeres campesinas se dieron cuenta de que una parte significativa de su producción de alimentos procedía del huerto doméstico. Aunque históricamente esos huertos son importantes porque aseguran la alimentación de la familia campesina, la sociedad no valoraba ese aporte porque los huertos pertenecen al dominio de las mujeres. Pero, a través de sus conversaciones y su trabajo colectivo, las mujeres se dieron cuenta de que sus huertos no solo son lugares donde pueden producir alimentos saludables, sino también donde pueden mantener y difundir conocimientos y prácticas culturales y ancestrales.

Además de albergar una gran diversidad de hortalizas, plantas medicinales, animales menores y flores, el huerto doméstico es un lugar donde la gente conversa y donde los niños juegan. Así, los huertos familiares constituyeron el punto de partida para que las mujeres se organizaran política (entendiendo cómo cambiar su realidad), productiva (mediante la agroecología) y económicamente (creando mercados) para mejorar su posición, sus ingresos y su autonomía.

Fortaleciendo los sistemas de producción de las mujeres campesinas

Esta acción se basó en el trabajo realizado desde 1982. Aunque las mujeres campesinas de Bahía estaban bien organizadas

políticamente, también necesitaban generar sus propios ingresos y mejorar su autonomía económica. En respuesta a ello, 25 grupos, que reunían a más de 800 mujeres campesinas, se unieron para fortalecer sus sistemas de producción y mercados. Juntas, las mujeres comenzaron a mejorar sus prácticas agroecológicas y a comercializar sus propios productos.

Una práctica agroecológica importante fue el uso de cisternas de agua. El Nordeste brasileño es muy seco y las cisternas, distribuidas a partir de 2003 a través del programa Un Millón de Cisternas Rurales, permiten a las familias campesinas recoger agua durante la estación lluviosa. La disponibilidad de agua resultó ser un punto de inflexión clave para la agroecología, facilitando los medios de vida de los campesinos y permitiéndoles incrementar la producción agroecológica de alimentos saludables. La introducción de las cisternas tuvo un impacto especialmente profundo para las mujeres, dado que por lo general suelen ser las encargadas de acarrear el agua para sus hogares y huertos.

Esto trajo diversos beneficios: las mujeres vieron mejorar su posición económica y sus familias y comunidades accedieron a alimentos saludables. Antes de vender los alimentos que producen, las mujeres evalúan si es mejor utilizarlos para alimentar a sus propias familias. En el huerto familiar producen una variedad de productos que incluye calabaza, caña de azúcar, varios tipos de frijoles, tomates, lechuga, comino, zanahorias, batatas, quimbombó (*Abelmoschus esculentus*), cebollas, sandía, mango, guayaba, plátano y remolacha. Asimismo, las mujeres cultivan una inmensa variedad de plantas medicinales y alimentos para animales como sorgo, pastos y palma forrajera (*Cytisus proliferus*). Dar prioridad a los alimentos para alimentar a la familia ha contribuido a que las comunidades tengan dietas más saludables.

Con la campaña de 2007, los grupos de mujeres comenzaron a profesionalizarse. En algunos municipios, el procesamiento se trasladó de las cocinas de las casas a estructuras profesionales y se compraron equipos que les permitieron producir a mayor escala. Como resultado, los grupos vendían cada vez más no solo productos frescos, sino también dulces, pasteles, galletas, flores y platos típicos del semiárido brasileño.

Es importante destacar que al organizar la producción y distribución de una manera más solidaria, las mujeres pudieron acceder a los nuevos mercados institucionales creados por el Programa Nacional de Alimentación Escolar y el Programa de Adquisición de Alimentos del gobierno. Empezaron a vender a escuelas, hospitales y otras instituciones públicas



Logotipo del MMC

de la región, lo que ayudó a las mujeres campesinas a tomar sus propias decisiones y a ser conscientes de lo que producen y para quién. Fue un placer para ellas saber que su comida estaba alimentando a los niños de la ciudad. El proceso de capacitación, formación y organización en el movimiento, y el desarrollo de habilidades en la producción y comercialización, aumentaron la confianza de las mujeres en la generación de ingresos de sus propios huertos. De esta manera, las mujeres campesinas han construido una praxis agroecológica feminista que busca el diálogo entre diferentes saberes y transforma la realidad a partir de la reflexión sobre experiencias concretas.

Impacto: diversidad, autonomía y libertad frente a la violencia

Las experiencias generadas por los procesos organizativos de las mujeres campesinas y la valoración de su trabajo fueron clave para mejorar su autonomía. Esto se demuestra por un aumento en la diversidad de cultivos en los huertos. Es a través de la ampliación de los grupos de mujeres que ellas pudieron producir más en términos de cantidad y diversidad. El desarrollo de la capacidad productiva del huerto familiar también contribuyó a aumentar la soberanía alimentaria, comenzando por sus propios hogares y expandiéndose a los restaurantes populares, las escuelas y otros lugares públicos.

Estos avances también han servido para reforzar las relaciones al interior de los hogares: las mujeres han pasado a ser más valoradas y respetadas por sus propias parejas, por sus hijos e hijas, y por ellas mismas. Para muchas era la primera vez que ganaban su propio dinero y se sentían capaces de decidir cómo gastarlo. Con mayores ingresos, las mujeres pudieron mejorar sus condiciones como trabajadoras domésticas en el hogar. Por ejemplo, la compra de electrodomésticos, como una lavadora, les permitió disponer de más tiempo libre. Muchas también volvieron a la escuela para terminar sus estudios y algunas obtuvieron puestos y estatus en las universidades. Estos cambios les han permitido enfrentarse o distanciarse de los casos de violencia doméstica, y trabajar para poner fin a la violencia dentro de la familia.

Al organizarse políticamente en el MMC, los grupos de mujeres pasaron de ser experiencias aisladas a estar conectados a nivel comunitario, municipal, estatal y nacional. Así, las mujeres se convirtieron en agentes de cambio que motivan (y son motivadas por) otras mujeres en diferentes partes del país.

Para las mujeres campesinas, los huertos domésticos son “pequeñas” experiencias que se vuelven grandes y ejemplares cuando se unen con otras para la construcción de la soberanía alimentaria y la transformación de los sistemas productivos de manera integral.

Lecciones aprendidas

Esta experiencia demuestra que políticas públicas como las que apoyan el establecimiento de mercados institucionales son importantes para que las mujeres campesinas construyan soberanía alimentaria, reviertan el hambre y mejoren su autonomía financiera. Al participar en procesos organizativos y políticos, las mujeres se convirtieron en protagonistas de las soluciones a sus problemas comunes y ayudaron a desarrollar políticas que reconocen el trabajo de las mujeres y potencian su autonomía.

Sin embargo, la experiencia también muestra que las políticas y programas públicos son vulnerables a los cambios políticos. Desde 2016, las políticas públicas en Brasil, especialmente aquellas dirigidas a apoyar a los más pobres, están siendo desmanteladas. Esto refleja la conjunción de las crisis (económica, ambiental, política y social) que llevó a la elección de Jair Bolsonaro, una administración liderada por neofascistas y neoliberales extremos.

Con el comienzo de la pandemia de covid-19, diversas organizaciones populares del campo, la selva y las aguas elaboraron una ley destinada a fortalecer la producción y distribución de alimentos sanos para luchar contra la reaparición del hambre, agravada por la pandemia. La Ley Assis de Carvalho (Ley No. 14048) fue aprobada por la Cámara de Diputados y el Senado Federal con amplia mayoría. Pero el presidente Bolsonaro la rechazó, vetando prácticamente cualquier propuesta de lucha contra el hambre.

Esto remarca la importancia de tener organizaciones campesinas fuertes con una agenda política, que puedan luchar contra los retrocesos y reconquistar las políticas públicas que sirven para mejorar la vida en el campo y en la ciudad cuando están amenazadas.

En resumen, esta experiencia destaca la agroecología no solo como una técnica de producción de alimentos, sino también como una forma de compromiso político. Una agroecología sin feminismo, sin antirracismo y sin un campesinado organizado corre el riesgo de ser cooptada y socavada por los mismos poderes que la agroecología pretende desafiar. La mayor lección que aprendemos de las mujeres de la MMC es que sin la organización política de las mujeres campesinas, la agroecología no es posible. ●

Cleidineide Pereira de Jesús
Deborah Murielle Santos

Agroecólogas, Instituto Latino-Americano de Agroecología;
activista del MMC.
cleydh16@gmail.com

Iridiani Graciele Seibert

Agroecóloga, Instituto Universitario de Agroecología Paulo Freire;
activista del MMC.

Michela Calaça

Agrónoma, Universidad Federal Rural del Semiárido;
activista del MMC.

Mujeres que organizan la agroecología para la resiliencia en el Sahel

TSUAMBA BOURGOU, PETER GUBBELS



Los grupos de crédito de mujeres impulsan el liderazgo, la solidaridad y la confianza en sí mismas.

Agrecol Afrique

La situación de la pandemia de covid-19 ha recrudecido las crisis existentes en el Sahel. Justo antes de que estallara la pandemia, se puso en marcha un enfoque innovador para reforzar la resiliencia de la población a través de la agroecología, que empezaba a dar sus frutos en Burkina Faso, Ghana, Malí y Senegal. En el centro se sitúan las mujeres, quienes lideraron prácticas agroecológicas con un fuerte enfoque en mejorar la nutrición de las familias y en la toma de decisiones. Las nuevas relaciones económicas y los equilibrios de poder entre hombres y mujeres asientan las bases para una resiliencia duradera.

Burkina Faso y otros países del Sahel se enfrentan actualmente a una multitud de crisis. Más de 12 millones de pequeños agricultores y sus familias en las zonas áridas de la región son vulnerables, de manera permanente, a la inseguridad alimentaria y nutricional. Esto es debido a la degradación de los frágiles ecosistemas, al crecimiento de la población y a una baja capacidad de adaptación a eventos climáticos como las grandes sequías. Para sobrevivir, un porcentaje cada vez mayor de familias está tomando medidas desesperadas: venden sus cosechas para pagar los préstamos, utilizan sus reservas de semillas, piden créditos, reducen el número de comidas diarias o venden sus activos físicos, lo que los hace aún más vulnerables.

Más allá de esto, millones de personas han tenido que huir de sus hogares para escapar de la violencia extrema de los yihadistas y otros grupos armados. Las circunstancias de vida son dramáticas, a menudo sin un techo y enfrentando escasez

de agua, alimentos y atención médica. La pandemia de covid-19 agravó esta crisis, especialmente para las mujeres. Tras los ataques terroristas de 2019 se cerraron muchos servicios rurales, como escuelas, hospitales y comisarías, fundamentales durante la pandemia. El cierre forzoso de mercados y las restricciones a las reuniones también afectaron duramente a las comunidades rurales.

En las regiones en las que trabajamos, estas restricciones obstaculizaron las actividades generadoras de ingresos de las mujeres, como la venta de productos de la huerta y artesanías o el pequeño comercio. También afectaron a la capacidad de los grupos de mujeres para llevar a cabo actividades colectivas en zonas rurales como la producción de verduras para la venta durante la estación seca (de febrero a mayo), la organización de reuniones de grupos de ahorro y crédito, y la participación en actividades de formación y construcción de conocimientos.

La agroecología como respuesta

Antes de la covid-19 un número cada vez mayor de mujeres del Sahel ya había empezado a experimentar con prácticas agroecológicas, como la conservación del suelo y del agua, la agroforestería, la asociación de cultivos con leguminosas, el uso de semillas locales de ciclo corto y la producción de hortalizas de temporada seca. Las mujeres se sintieron atraídas por estas prácticas porque reconocieron su potencial para aumentar la fertilidad del suelo, la productividad, la sostenibilidad de la base de recursos naturales, la nutrición de sus familias, la resiliencia, los ingresos y la autonomía.

En Burkina Faso, mujeres de más de 80 comunidades de la región oriental, cerca de Fada N’Gourma, empezaron a utilizar estas prácticas con el apoyo de la ONG local Association Nourrir sans Détruire (ANSD) y de Groundswell West Africa, quienes reforzaron sus conocimientos sobre las prácticas agroecológicas que eran de su interés, como la protección de los arbustos y la jardinería en la estación seca, ya que esto les proporcionaba alimentos sanos durante todo el año.

Como explica la señora Bilana Ouoba, de la aldea de Kokouougou, de entre 60 y 70 años, esto implicó superar algunos obstáculos culturales:

En nuestra forma tradicional de cultivar siempre ha existido la actitud de que hay que estar loco para dejar que los árboles asfixien los cultivos en el campo, así que solía cortar todos los árboles y arbustos, e incluso barrer todas las ramitas y prenderles fuego en mi campo. Cuando oímos hablar de una estrategia agrícola para dejar crecer los árboles [la “regeneración natural gestionada por el agricultor”], se generó mucha controversia en nuestra comunidad. Pero empecé a hacer algunas pruebas y a proteger los pequeños árboles que crecían en mi campo. También mejoré el suelo. Ahora cosecho las vainas de los árboles *Piliostigma* de mi campo. Se ha convertido en una importante fuente de ingresos y de alimentos sanos. Hoy es una práctica habitual para las mujeres del pueblo.

Las mujeres también participaron en grupos de crédito y ahorro. Esto no solo les permitió acceder a un crédito, sino que también reforzó su liderazgo, la solidaridad y la confianza

en sí mismas. Además, las mujeres negociaron con los líderes de la aldea y con el municipio rural para asegurar el acceso a la tierra y al agua para el cultivo en la estación seca. Los líderes de la comunidad también acordaron apoyar a las mujeres de los hogares más pobres en el acceso a las semillas a través de un sistema popular de crédito basado en el almacenamiento cooperativo de granos (conocido localmente como *warrantage*) y préstamos rotatorios para obtener aves de corral, cabras u ovejas. Una de las muchas cosas que se puede aprender de estas mujeres es que la mejora de los medios de vida no solo requiere conocimientos técnicos y acceso a los recursos productivos, sino también el refuerzo de las capacidades de organización y liderazgo.

Esto quedó claro en el caso del Grupo de Mujeres Lanpugini de la aldea de Bassieri, Burkina Faso, que consta de 44 participantes, de las cuales solo dos están alfabetizadas. La actividad principal del grupo es la horticultura para el mercado, pero desde 2011 también gestionan su propio plan de ahorro y crédito a través de un mecanismo especial de solidaridad para mujeres en situaciones de emergencia. El grupo de mujeres de Lanpugini se reúne una vez a la semana. Durante estas reuniones, las mujeres tienen la oportunidad de escucharse las unas a las otras, discutir sobre sus preocupaciones (incluyendo las relativas a la agricultura) y compartir ideas sobre cómo mejorar sus condiciones de vida.

Es habitual que las mujeres de esta zona se reúnan y obtengan y controlen fondos para la agricultura y la cría de animales. Y también es frecuente que, tras un tiempo, estas mismas mujeres empiecen a discutir sobre las relaciones con los hombres. La creación de su propio colectivo ha reforzado el liderazgo y las capacidades organizativas de las mujeres y les ha permitido tener mayor voz en la toma de decisiones, tanto dentro de su familia como en la comunidad, así como mejorar sus medios de vida.

Nuevas funciones y responsabilidades

Estas experiencias son significativas, ya que en el Sahel hombres y mujeres se han dado cuenta de que la participación de las mujeres en la transición a la agroecología es, cada vez más, esencial para una solución resiliente, sostenible y productiva que mejore los medios de vida.

El camino hacia la equidad

Según nuestra experiencia, el camino hacia la construcción de relaciones (económicas) más equitativas entre hombres y mujeres a través de la agroecología se basa en el siguiente conjunto de principios fundamentales:

- Compromiso de las agricultoras para formar a otras agricultoras. Esto fomenta el desarrollo de mujeres líderes que sirven de modelo en sus comunidades. Las mujeres demuestran que son igual de capaces que los hombres en asegurar la transmisión de conocimientos a otras personas. Estas mujeres líderes se ganan

el respeto, una voz en las decisiones y son más escuchadas y consultadas en sus hogares y en sus comunidades.

- Una combinación de estrategias puede fortalecer la capacidad de las mujeres para obtener ingresos a través de la agroecología.

Las luchas de las mujeres por la tierra, la producción hortícola para el mercado y sus actividades de crédito y ahorro les permiten hacer una importante contribución financiera y material a los gastos del hogar, así como mejorar la seguridad alimentaria y la nutrición de las familias. Esto, a su vez, cambia las relaciones

(económicas) dentro de sus hogares: las mujeres afirman que sus maridos les consultan con mayor frecuencia en la toma de decisiones familiares, incluidas las decisiones relacionadas con la actividad agrícola.

- Las mujeres deben participar en la planificación y la toma de decisiones sobre agroecología.

La participación de las mujeres en la toma de decisiones, tanto a nivel familiar como comunitario, ayuda a mejorar su movilidad y crea y refuerza la nueva norma de que las mujeres pueden participar –y participan– en las reuniones, tanto dentro como fuera de sus comunidades.



ANSD

Sin embargo, las medidas para fomentar la participación de las mujeres en la agroecología pueden conducir fácilmente a aumentar su sobrecarga de trabajo. El trabajo doméstico, el trabajo agrícola y el cuidado de niños y niñas se conoce a menudo como la triple carga de trabajo de las mujeres, que se encuentra incluso en el marco de las iniciativas de promoción de la agroecología en el Sahel, donde las mujeres rurales siguen siendo económicamente marginadas y vulnerables, y generalmente tienen una mayor carga de trabajo. La agroecología es celebrada por su fuerte énfasis en los valores humanos y sociales, como la dignidad, la equidad, la inclusión y la justicia; no obstante, los promotores de la agroecología todavía tienen mucho que aprender sobre cómo fomentar relaciones (económicas) más equitativas en las familias y en las comunidades. Esta experiencia proporciona una visión útil sobre cómo hacerlo.

Cambiar la gobernanza

Desde hace varios años acompañamos a comunidades de Burkina Faso, Ghana, Malí y Senegal en sus esfuerzos por combinar agroecología y equidad. Al tiempo que se enseñan mutuamente las prácticas agroecológicas más relevantes, las comunidades han transformado la gobernanza a nivel comunitario y municipal, fortaleciendo la posición de las mujeres en el proceso, incluidas las de las familias más vulnerables.

A nivel comunitario, se establecieron comités de desarrollo de las comunidades que incluyen a mujeres líderes. Estos comités dirigen la planificación, ejecución y supervisión de la promoción de la agroecología en la comunidad. En el ámbito de los municipios rurales, el alcalde y los concejales elegidos, tras comprobar los beneficios de la agroecología a través de visitas en terreno y de conversaciones con los habitantes, decidieron incluir la promoción de la agroecología en sus planes de desarrollo y presupuestos municipales. Estos planes incluyen además actividades específicas para reforzar la posición de las mujeres.

Estos avances ya están dando sus frutos. Por ejemplo, es habitual que los hombres ayuden o reemplacen a sus esposas en la plantación o la cosecha cuando sea necesario; por enfermedad o embarazo, por ejemplo. Otro indicador es que en muchos pueblos los hombres han contribuido con sus propios recursos al vallado de los huertos, cuyos productos destinan al mercado y que están reservados para las mujeres. Mientras que en los complejos grandes, con muchos miembros de familia, las abuelas suelen cuidar de los niños y las niñas cuando las mujeres están fuera de casa para cultivar o vender,

en los complejos más pequeños se observa ahora con más frecuencia que los hombres asumen estas tareas de cuidado. Por último, en algunos casos, los ancianos y las autoridades tradicionales de la comunidad han accedido a proporcionar un acceso seguro a la tierra a grupos de mujeres para la horticultura o la agricultura colectiva. Estos son cambios socioculturales importantes para las familias rurales del Sahel.

Lecciones de nuestra experiencia en el Sahel

Hemos visto que es esencial que las mujeres sean capaces de abordar directamente, y de una manera culturalmente apropiada, las relaciones de género y la división de recursos y responsabilidades dentro de la familia. A medida que ganan confianza, organización, solidaridad, liderazgo y recursos económicos a través de sus grupos de mujeres y sus actividades agroecológicas, es importante que no se encuentren sobrecargadas y que no se vea comprometido el cuidado de los niños y las niñas. Los cambios en el reparto de funciones y tareas son, según hemos visto, necesarios y posibles.

En el contexto social y cultural del Sahel, los beneficios a corto plazo de la agroecología para atender las necesidades específicas de las mujeres pueden acabar provocando un cambio más amplio. Las mejoras en los ingresos, la seguridad alimentaria y nutricional, la confianza en sí mismas, las capacidades organizativas y el bienestar económico sientan las bases para promover cambios en las relaciones de género, en el estatus de las mujeres y en los roles de toma de decisiones dentro de las familias y las comunidades. Es importante reconocer que esto toma tiempo. No obstante, el proceso puede acelerarse mediante el apoyo de las organizaciones de la sociedad civil, las que, por ejemplo, facilitan el diálogo y desarrollan capacidades locales. Somos conscientes de que, como agentes externos, podemos desempeñar un papel de facilitación, pero al final son las propias mujeres quienes deben negociar estos asuntos al interior de sus familias y comunidades.

Estamos firmemente convencidos de que estas ideas dan luz a la construcción del camino hacia la renegociación real y justa de las funciones y responsabilidades entre hombres y mujeres en el contexto de la agroecología en el Sahel. ●

Tsuamba Bourgo

Coordinador regional de Groundswell África Occidental.
tbourgo@groundswellinternational.org

Peter Gubbels

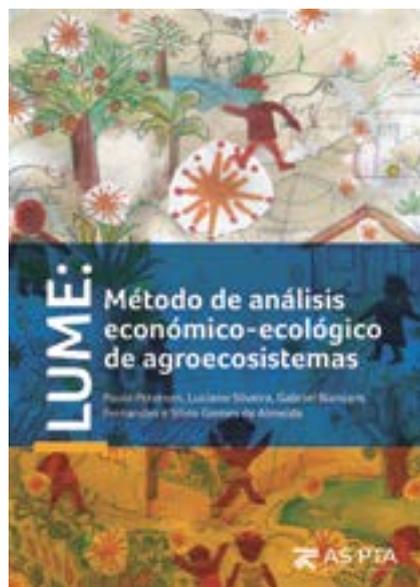
Director de investigación y promoción de Groundswell International.

LUME: Método de análisis económico-ecológico de agroecosistemas

Paulo Petersen, Luciano Silveira, Gabriel Bianconi Fernandes, Silvio Gomes de Almeida, s. f. [2021].

Brasil: AS-PTA.

http://aspta.org.br/files/2015/05/LUME_ESP_V_Final.pdf



Existen pocas herramientas para estudiar la base económica de los agroecosistemas. Esta publicación presenta el método LUME, desarrollado por AS-PTA en Brasil para dar visibilidad a las relaciones económicas, ecológicas y políticas que se encuentran en el corazón de la agricultura agroecológica. El método participativo destaca especialmente el trabajo realizado por las mujeres, a menudo oculto o alterado por la teoría económica convencional. Ha demostrado ser un recurso inestimable para formular el asesoramiento técnico a las organizaciones de agricultores locales y a los proyectos de investigación académica. El método también se ha aplicado al diseño, seguimiento y evaluación de las políticas públicas de desarrollo rural y agrícola. AS-PTA ha implementado, además, una plataforma digital (<https://app.lume.org.br>) para apoyar a los usuarios en el procesamiento de datos económicos-ecológicos de sus agroecosistemas.

Atlas de las Mujeres Rurales de América Latina y el Caribe

Mirian Nobre, Karla Hora, Claudia Brito, Soledad Parada, 2017. Santiago de Chile: FAO.

www.fao.org/3/i7916s/i7916s.pdf

“Una radiografía del estado de los derechos de las mujeres rurales, su seguridad alimentaria y nutricional, desarrollo económico y sus retos y oportunidades. Uno de los elementos que caracterizan la vida de las mujeres rurales en la región es la sobrecarga de trabajo, debido a una división sexual del trabajo que deja en sus manos el cuidado de hijos, ancianos y enfermos. La invisibilización del trabajo que realizan en el ámbito reproductivo, productivo y para el autoconsumo es otro factor clave que se suma al bajo acceso a los medios de producción y a tierras” (de la nota de prensa). El estudio analiza también la implementación de políticas públicas dirigidas a ellas.

Sin feminismo no hay agroecología. Hacia sistemas alimentarios saludables, sostenibles y justos

Teresa Maisano (ed.), 2019. Mecanismo de la Sociedad Civil y los Pueblos Indígenas, Comité de Seguridad Alimentaria Mundial de las Naciones Unidas (CSM).

www.csm4cfs.org/wp-content/uploads/2019/10/MSA-Agroecologia-y-Feminismo-Septiembre-2019_compressed.pdf

“Desde una perspectiva feminista, la agroecología es y debe ser una propuesta política que reconozca y promueva las prácticas históricas y sociales de las mujeres, desde la domesticación de la agricultura y la producción de alimentos saludables hasta la erradicación del hambre, la inseguridad alimentaria y la malnutrición”. Este es uno de los puntos de partida de esta declaración del Grupo de Trabajo de Mujeres del CSM. Se destaca la importancia de un enfoque feminista en la promoción del derecho humano a una alimentación y nutrición adecuadas, y describe su potencial para desafiar las dinámicas de poder patriarcales y hacer realidad los derechos de las mujeres en el sector agrícola.

El poder de las mujeres en la lucha por la soberanía alimentaria

Observatorio del Derecho a la Alimentación y a la Nutrición 11, 2019. Red Mundial por el Derecho a la Alimentación y a la Nutrición.

[https://www.](https://www.righttofoodandnutrition.org/es/)

[righttofoodandnutrition.org/es/el-poder-de-las-mujeres-en-la-lucha-por-la-soberania-alimentaria](https://www.righttofoodandnutrition.org/es/el-poder-de-las-mujeres-en-la-lucha-por-la-soberania-alimentaria)

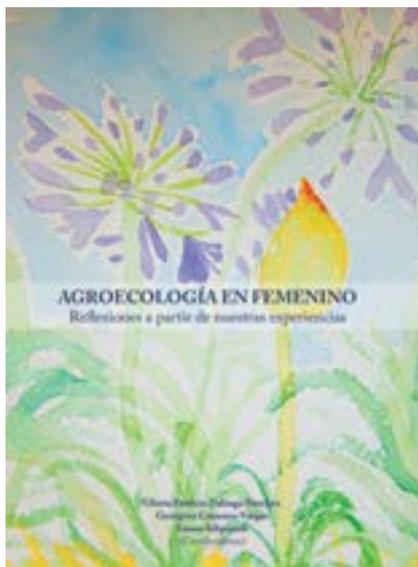


“En un contexto en el que el hambre y el colapso ecológico están al alza, las mujeres y todos aquellos que luchan por reinventar la alimentación, el medioambiente y la economía sufren continuos ataques. Esta edición es resultado de un proceso de reflexión colectiva impulsado por las mujeres. Los y las autoras del Observatorio hacen un llamamiento a los movimientos feministas y por la alimentación, tan diversos como lo son sus luchas y sus trayectorias políticas, para construir y sumarse al debate y avanzar en el reconocimiento de los derechos de las mujeres, jóvenes y niñas. El objetivo es construir sistemas de alimentación justos. Frente a un contexto de múltiples crisis, no puede subestimarse el poder de la resistencia individual y colectiva de las mujeres, como líderes en el camino hacia la construcción de un mejor sistema de relaciones sociales y económicas” (de la presentación en el sitio en internet de la Red Mundial).

Agroecología en femenino. Reflexiones a partir de nuestras experiencias

Gloria Patricia Zuluaga Sánchez, Georgina Catacora-Vargas, Emma Siliprandi (coords.), 2018. La Paz: Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA) y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

www.researchgate.net/publication/328732640_Agroecologia_en_Femenino_Reflexiones_a_partir_de_nuestras_experiencias



Este libro compila diversos análisis sobre la práctica agroecológica de mujeres en diferentes países de América Latina. Se trata de estudios de caso entre lo internacional, lo nacional y lo local, con el propósito de visualizar a la agroecología en diferentes escalas a partir de un enfoque de género y feminista. Los artículos incluidos son narrativas elaboradas desde voces y experiencias femeninas que reconstruyen trayectorias –propias o de otras mujeres– desde y con la agroecología. Estas voces, además, reflexionan sobre problemáticas comunes, procesos colectivos y contextos en clave de género. El objetivo de la compilación es contribuir a visibilizar cómo las mujeres han participado y participan en la construcción de la agroecología en América Latina e inspirar y dar voz a mujeres que, en diferentes contextos y como un ejercicio político, han sido silenciadas y marginadas.

Mujeres, biodiversidad y alimentación: la valorización de la vida a través de experiencias agroecológicas

Helda Morales, Ana Dorrego (coords.), marzo de 2020 (LEISA 36-1, edición especial). Lima: ETC-Andes/AMA-AWA
<https://www.leisa-al.org/web/index.php/volumen-36-numero-1>

Este número especial de **LEISA revista de agroecología** (volumen 36, número 1) refleja parte del trabajo de la Alianza de Mujeres en Agroecología (AMA-AWA). Incluye 13 artículos escritos con el objetivo de visibilizar y analizar las experiencias y resistencias locales de las mujeres a través de la alimentación en diferentes territorios de América Latina. La revisión y edición de los escritos fue realizada mediante un proceso de ida y vuelta en el que participaron mayoritariamente mujeres investigadoras y activistas.



Alianza de Mujeres en Agroecología - Alliance of Women in Agroecology AMA-AWA

<https://amaawaagroeco.wixsite.com/ama-awa/blog>
<https://www.facebook.com/groups/451054654964237/>



AMA-AWA comienza su camino en 2013 por iniciativa de diez académicas convencidas de que sin feminismo, la agroecología y la alimentación saludable no podrán seguir avanzando. A partir de entonces, el colectivo ha ido creciendo; ha sido un tejerse lentamente con base en el desarrollo de encuentros presenciales y virtuales, publicaciones y la creación de lazos de confianza. AMA-AWA trabaja para visibilizar a las mujeres agroecólogas (campesinas, indígenas y negras que construyen la agroecología desde sus territorios), de las organizaciones sociales y de las universidades, y apoyar a las nuevas generaciones de agroecólogas y de jóvenes campesinas para que puedan realizar su trabajo en un ambiente seguro y libre de discriminación, así como establecer alianzas entre académicas y agricultoras. Hoy AMA-AWA agrupa a más de 100 mujeres en gran parte de América y España, y se ha convertido en referente feminista en agroecología.

Alma y corazón de **LEISA**



En recuerdo de
Teresa Gianella

No es exagerado afirmar que la experiencia de **LEISA revista de agroecología** es en varios aspectos única en Latinoamérica. Empezó con el nombre de *Boletín de ILEIA*, como traducción al español de la publicación periódica en inglés del Centro de Información en Agricultura Sostenible de Bajos Insumos Externos (ILEIA), con base en los Países Bajos. El *Boletín* contenía artículos sobre experiencias de agricultores de pequeña escala llevadas a cabo, sobre todo, en países de África y Asia, en el marco de proyectos de desarrollo rural sostenible apoyados por la cooperación oficial neerlandesa. Buscando ampliar la difusión del *Boletín* en Latinoamérica, ILEIA decidió apoyar su traducción y distribución a una lista de 800 suscriptores, escogiendo para esa labor a Teresa Gianella-Estremis. La primera edición apareció en julio de 1996, numerada 12-1, con el tema “Montañas en equilibrio”. A partir del número 18-2, de octubre de 2002, sobre “Información y comunicación rural”, la publicación –que ahora incluía artículos latinoamericanos recopilados directamente, además de las traducciones–, pasó a llamarse **LEISA revista de agroecología**.

25 años después de aquel primer *Boletín*, Teresa terminaba de editar **LEISA** 37-1, “Agroecología e investigación participativa: experiencias en los Andes”, que contiene 10 artículos escritos con la participación de 31 autores y autoras, la mayoría de Bolivia, Ecuador y Perú. Esa revista se distribuyó por internet a aproximadamente 14 000 suscriptores y pudo ser vista y descargada sin costo por los 30 000 visitantes, en promedio, que recibe la página web de **LEISA** cada mes.

Al conocer esto, son varias las preguntas que pueden surgir, pero la principal es la que busca entender por qué, a pesar de los cambios socioeconómicos y políticos que han experimentado los países de Latinoamérica, **LEISA** ha continuado y aumentado su alcance. La mejor respuesta a esta y otras preguntas es su editora principal: Teresa Gianella, persona comprometida, dedicada, luchadora, amigable, generosa, cuidadosa, humilde, exigente consigo misma y con grandes capacidades profesionales.

Teresa estudió diseño industrial en Estocolmo, Suecia, donde trabajó en esa profesión y conoció a Raimond Estremis, su esposo. Establecidos en Lima, ambos fueron fundadores y profesores de la especialidad de diseño industrial en la Facultad de Artes Plásticas de la Pontificia Universidad Católica del Perú. En esa universidad Teresa también estudió un diplomado en antropología. Cuando sus hijos eran pequeños, la familia se trasladó a Cusco por varios años. Allí Teresa trabajó con el Centro Bartolomé de las Casas en el área editorial. De regreso en Lima, se vinculó con la Coordinadora de Ciencia y Tecnología en los Andes (CCTA), donde su aporte incluía también un componente importante de trabajo editorial.

Teresa había leído y reflexionado mucho sobre la agroecología como alternativa a la agricultura industrial convencional y comprendía la importancia de difundir sus propuestas para enfrentar los desafíos provenientes del cambio climático, la ofensiva de las grandes corporaciones transnacionales y la necesidad urgente de avanzar hacia la soberanía alimentaria y un sistema agroalimentario más justo. Desde el principio orientó el rol de **LEISA** hacia la divulgación de experiencias concretas llevadas a cabo

por agricultores familiares en Latinoamérica, que podían ser adaptadas y aplicadas en otros lugares según sus propias condiciones. También tenía clara la importancia de que organizaciones e investigadores pudieran transmitir de forma accesible sus hallazgos y recomendaciones a técnicos, profesionales de campo y agricultores familiares. En ambos casos, **LEISA** era un puente que vinculaba a diferentes actores del mundo de la agroecología y generaba diálogo entre ellos, un hecho destacable pues para la mayoría de los profesionales y protagonistas de la agroecología, los agricultores, escribir sobre sus trabajos y experiencias resulta complejo. No obstante, la principal autoría de los artículos incluidos en cada número de **LEISA** corresponde a profesionales y agricultores de Latinoamérica.

Esto es así debido a lo que Teresa y su equipo denominaron “edición didáctica”, que consistía en una atenta selección de los artículos recibidos –en promedio unos 20 para cada convocatoria– y en un proceso cuidadoso de consultas y colaboración con los autores.

De esa forma, construía y ampliaba relaciones de cooperación, al tiempo que se ganaba el respeto de investigadores, profesionales de campo, docentes, agricultores y estudiantes en el creciente número de países que iban siendo alcanzados por la revista.

Teresa también pensaba constantemente en maneras de innovar y mejorar el contenido de **LEISA**, así como en hacerla más atractiva formalmente, en trabajar cuidadosamente la redacción, en escoger los colores más adecuados para cada número, en la importancia de contar con imágenes con la resolución necesaria. Acompañarla en los diversos aspectos de la producción y difusión de **LEISA** constituyó una valiosa escuela para quienes trabajamos con ella.

Las organizaciones que impulsan la agroecología en el Perú también encontraron en Teresa una militante en el marco de la Red de Agricultura Ecológica y el Consorcio Agroecológico Peruano y también como representante de **LEISA**, en la Plataforma Nacional de Lucha contra los Transgénicos. Asistía a las manifestaciones y eventos, y siempre recalca al interior del equipo la necesidad de difundir los planteamientos de estas organizaciones. Fue miembro de la Sociedad Científica de Agroecología de América Latina (SOCLA) y difusora en Lima del sistema de comercialización de la Asociación de Guardianes de Papa Nativa (AGUAPAN), además de haber desempeñado un importante papel como consultora en el Perú del Programa de Pequeñas Donaciones del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Coincidiendo con la celebración de los 25 años de la revista, Teresa pensaba retirarse a una posición menos exigente en el equipo. Cuando supo que tenía una enfermedad incurable, con toda serenidad decidió seguir trabajando hasta el último momento. Nos dejó un gran vacío, pero también un gran legado y su ejemplo de vida comprometida, honesta y consecuente. Para ella, nuestra profunda gratitud y reconocimiento. ●

Ana Dorrego, Teobaldo Pinzás
LEISA revista de agroecología

Mi relación con Teresa Gianella comenzó hace muchos años, cuando ella trabajaba en la Coordinadora de Ciencia y Tecnología en los Andes (CCTA) y me invitó a integrar un equipo de consultores para sistematizar las experiencias de desarrollo rural. Esto me permitió tomar contacto con las comunidades e intercambiar conocimientos tradicionales con los conocimientos científicos desarrollados en la universidad.

Guardo muy gratos recuerdos de Teresa como una persona comprometida con el cuidado del ambiente y el bienestar de las poblaciones rurales andinas. Su dedicada labor en la publicación de **LEISA** ha sido uno de sus grandes aportes. Sin duda su partida nos deja un gran vacío y la recordaremos siempre como la persona carismática, amigable y comprometida con las causas nobles. Querida Tere, descansa en paz.

Tu amiga,

Carmen Felipe-Morales
Bio-Agricultura Casablanca



Teobaldo Pinzás

Cuando conocí a Teresa me faltaba poco para terminar la universidad y había optado por la agricultura ecológica, “una locura” entonces. Llegó a mis manos el Boletín de ILEIA y mi relación con Teresa fue sentir que existían otras personas que pensaban como tú, que te cobijaban y te apoyaban. Teresa también era asidua compradora de la Bioferia de Miraflores y me daba siempre sus opiniones sobre los productos, los participantes y la organización. Su actitud cariñosa y la sabiduría acumulada difundiendo experiencias agroecológicas a través de **LEISA** hacían que sus opiniones se tomaran con atención. Publiqué algunos artículos en la revista y recibí sus aportes y observaciones. La vi por última vez en 2018 y, como siempre, compartimos proyectos y gratos momentos.

Querida Teresa, quienes aún no hemos partido en ese viaje, te extrañamos y seguimos comprometidos con la causa que nos unió y forjó nuestra amistad. Muchas gracias por todo, apreciada amiga.

César de la Cruz
Red Agroecológica de Granada

Teresa fue una de esas luchadoras inagotables, defensora de la agricultura familiar, llena de mística y de compromiso. En 2014 tuvimos la oportunidad de conocerla y de apreciar sus esfuerzos por apoyar la agroecología, la biodiversidad y los sistemas alimentarios. Fue ella quien nos animó a escribir sobre el trabajo de EkoRural en los Andes. Recuerdo que nos hizo sentir muy complacidos y honrados saber que Teresa seguía nuestro trabajo y que nos propusiera compartirlo. La conocimos personalmente cuando nos invitó a Lima para hablar sobre la agricultura campesina en Ecuador y tuvimos varias oportunidades de publicar y de cooperar en la difusión de **LEISA**. La vimos luchando incansablemente para hacer de **LEISA** un baluarte en defensa de la agroecología y para difundir las experiencias de productores, técnicos y científicos a toda Latinoamérica y al mundo.

En EkoRural, Teresa nos queda como ejemplo de vida. Nuestra admiración por su ímpetu, entusiasmo y dedicación permanece. Su alegría de vivir, su gracia y excelente sentido del humor fueron y son simplemente inspiradores.

Ross Mary Borja
Fundación EkoRural

Conocí a Teresa en un taller sobre sistematización de experiencias realizado por **LEISA** en Lima. Era el inicio de los años 2000 y en ese tiempo estaba viviendo un momento particularmente difícil y lleno de incertidumbres. Pero allí estaba Teresa y, entre tantos compañeros y compañeras, esa mujer inteligente, interesada en las historias y vivencias de cada uno, me llenó de luz y encanto. No sabía yo que poco después comenzaríamos a compartir la construcción de una red de editores y que nos encontraríamos para escuchar y conocer su trabajo, sus historias, y aprender de su militancia comprometida con la madre Tierra. Todavía recuerdo con gran emoción el encuentro de redactores que se llevó a cabo cuidadosamente en Perú, cuando pudimos, además de escuchar, vivir la cultura de su gente. Teresa para mí fue y será siempre una gran inspiración, una mujer culta, sensible, pionera en su tiempo y con un gran compromiso por construir un mundo mejor.

Adriana Galvão Freire
AS-PTA

La primera vez que me encontré con Teresa fue en una cafetería, a principios de 2015 cuando apenas me había mudado a Lima. Iba a reunirse con una de mis colegas del Centro Internacional de Investigaciones Agroforestales (ICRAF) para hablar sobre la trayectoria del movimiento agroecológico en el Perú. Su experiencia y su opinión sobre qué hacer para consolidar el movimiento me dejaron impresionado. Un par de años después trabajaría mano a mano con Teresa, en una edición especial de **LEISA** sobre sistemas alimentarios locales en los Andes. No puedo olvidar cuando fui a su despacho; me compartió ediciones de **LEISA** y me habló sobre artículos e investigaciones que podrían servirme; se notaba que ese trabajo era su pasión. Me encantaba escuchar sus reflexiones y sus preguntas, siempre inquisitivas y agudas. Tenía esperanza en que un sistema alimentario más sostenible y justo era posible. La alegría y energía que ponía en esa causa eran contagiosas; teniendo menos de la mitad de su edad no podía competir con su energía. Teresa nos ha inspirado a muchos a continuar la lucha. Seguiré promoviendo la agroecología con el vigor que me enseñó.

Trent Blare
Universidad de Florida

En el torrente de la vida hay quienes se distinguen por haber contribuido al avance de la verdad, de la justicia o de la belleza, y quienes pasan de largo sin dejar mayor huella. La agroecología en Latinoamérica ha vivido una fase de despegue y fortalecimiento en sus batallas para establecer sistemas alimentarios sanos con el ambiente y los humanos, y en ello Teresa Gianella ocupa un lugar muy destacado por su largo esfuerzo editorial de 25 años con la revista **LEISA**, sin duda el principal foro de difusión en la región. Ella no solo llevó a buen fin numerosos proyectos de números especiales, sino que su profesionalismo, entrega y trato personal la situaron en un lugar especial para quienes la conocimos. Jamás olvidaremos su contribución a la agroecología latinoamericana. Nuestro reconocimiento.

Víctor Manuel Toledo
IIES-UNAM

■ Martín Estrems



Teresa Gianella, leí entre la lista. Habíamos realizado un sondeo entre las integrantes de la Alianza de Mujeres en Agroecología (AMA-AWA) para visibilizar el trabajo de 10 mujeres durante el Congreso de SOCLA que se celebró en Argentina en 2015. Nunca había escuchado su nombre. Continué leyendo. Era la editora de la revista **LEISA**. ¿Cómo era posible que no la conociera? ¡Pues claro!, por eso es nuestra lucha. La invitamos a llegar a la sala donde le daríamos el reconocimiento, pero no llegó. “Otra mujer que le teme a las feministas”, pensé. Fue hasta 2019, en Lima, que entendí por qué. Le planteamos la idea de un número especial sobre mujeres y agroecología. Se entusiasmó, pero nos pidió que escribiéramos los artículos de la mano de las campesinas, las cocineras y las activistas, no que escribiéramos sobre ellas. Nos regaló así una experiencia maravillosa y entendí que esa vez no llegó porque, siempre, a quien quiso hacer brillar fue a esos que meten la mano en la tierra.

Helda Morales
Colegio de la Frontera Sur, México

La trayectoria de Teresa Gianella es inspiradora. Su labor profesional fue profundamente transdisciplinaria, abordando el diseño industrial, la vivienda en zonas marginales, la artesanía rural, la educación, la biodiversidad, la conservación y los guardianes(as) de especies nativas y el cambio climático, entre otros temas relacionados. Teresa fue una de las promotoras más importantes de la agroecología, y lo hizo desde los territorios y su rol de editora principal de **LEISA**. La filosofía con la que condujo la revista –compartir conocimientos desde lenguajes sencillos, pero con bases sólidas– fue fundamental para posicionar la reflexión, investigación y ejercicio de la agroecología en la región latinoamericana. Cuando la agroecología eran cuestionada, Teresa apostó por un contundente apoyo, motivada por su potencial transformador, especialmente para aquellas personas invisibilizadas y marginadas. Por ello, desde la Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA) celebramos la visión, el compromiso y el legado de esta gran mujer, que perdurarán en las acciones inspiradas en su ejemplo. Nuestra gratitud imperecedera para Teresa.

Georgina Catacora-Vargas
Presidenta de SOCLA

Trabajando con gente y organizaciones de todas partes del mundo te das cuenta de que hay muchas personas que se “ponen la camiseta” y que trabajan duro, con muy buenos resultados. No tantas se esfuerzan por mejorar y por lograr mejores resultados analizando permanentemente lo que hacen y buscando alternativas una y otra vez. Este fue para mí el ejemplo de Teresa durante años.

Muchas veces me pregunté si alguna vez se cansaba. Muchísimas otras intercambiamos ideas e hicimos planes. Con frecuencia nos reímos; creo que nunca me he reído tanbto en horas de oficina como cuando editamos un artículo sobre unas agricultoras de Rumanía. Pero lo que fue una constante era el aprendizaje –eso de “aprender haciendo”–, que ha sido el eje de todos los cursos y procesos en los que he estado involucrado. Yo aprendí muchísimo trabajando con ella y, tantos años después de haberla conocido, agradezco enormemente la oportunidad que tuve de trabajar juntos y de compartir esfuerzos.

Muchas gracias, jefa.

Jorge Chávez-Tafur
Oxfam Novib



Carlos Maza

Conocí a Teresa Gianella hace 15 años, cuando iniciamos el curso de Domesticación en la Universidad Nacional Agraria La Molina. Fue un honor conocer a la editora de **LEISA**. Conversamos muchas veces durante mis visitas al Perú y en una de las visitas de Teresa a México. Conocí y admiré su enorme pasión por documentar la agroecología como un proceso vivo de investigación y praxis que se nutre de las numerosas experiencias del campo, de organizaciones y de instituciones académicas. Teresa y **LEISA** conformaron un foro para compartir experiencias y reflexiones multisectoriales de nuestra América Latina. En varios momentos me invitó a compartir las nuestras en el gran caleidoscopio temático del que **LEISA** es plataforma. La red que Teresa y **LEISA** tejieron me dejó gratamente impresionado cuando me invitó a coordinar una edición especial sobre agrobiodiversidad y semillas. Así pude percatarme del vigor de las alianzas agroecológicas latinoamericanas, del interés por compartir las experiencias de otros y de su inmensa labor por promoverlas.

Alejandro Casas
IIES-UNAM

Tuve la suerte de acompañar a Teresa durante los últimos 15 años en el cuidado de los textos y del diseño de **LEISA**. Había llegado de México con cierta experiencia editorial, pero cuando conocí a Teresa entendí cuán poco sabía del oficio: ella nos formó. Todas las personas que hemos trabajado textos a su lado hemos aprendido en la mejor escuela de editores. Gracias a Teresa, **LEISA** es uno de los mejores medios para la difusión de la agroecología porque su conocimiento no se quedaba ahí, en la agroecología, sino que se extendía hasta el último detalle en la arquitectura de la publicación. No he conocido editor más riguroso que Teresa en cuanto al respeto por el idioma español, por la claridad de lo que dice el texto, por la limpieza de su exposición, por la vastedad de conocimientos desde la que debe abordarse el trabajo editorial y, especialmente, por su compromiso con los lectores. Gracias por tanto, Teresa.

Carlos Maza
LEISA revista de agroecología

La agroecología, la soberanía alimentaria, la economía solidaria y el feminismo son conceptos y movimientos alineados en su afán de trabajar por construir otras formas de ser y estar en el mundo y reformular las relaciones de poder.

Janneke Bruil, François Delvaux, Assane Diouf, Rose Hogan, Jessica Milgroom, Paulo Petersen, Bruno Prado, Suzy Serneels (editorial, p. 5)

Una transición agroecológica feminista tiene que ir unida a cambios en las relaciones entre hombres y mujeres y de roles en los hogares, construyendo nuevas formas de convivencia.

Marta Soler, Marta Rivera, Inés García Rocés (p. 10)

Aunque la agroecología se está ampliando con éxito en diferentes contextos, se está haciendo sin tener en cuenta la parte del “iceberg” del sistema alimentario que está debajo del agua. La punta visible de este iceberg muestra la producción y el beneficio, pero los elementos que sostienen esta producción, como el trabajo de las mujeres, permanecen invisibles.

Isabel Álvarez Vispo, Paula Romero-Niño (p.16)

Una agroecología feminista es aquella que busca la manera de integrar las desigualdades en los enfoques agroecológicos y se esfuerza por situar las consideraciones de justicia social en el centro de los esfuerzos para cambiar los valores y los procesos.

Rachel Bezner Kerr (p. 23)

En el Sahel hombres y mujeres se han dado cuenta de que, cada vez más, la participación de las mujeres en la transición a la agroecología es esencial para una solución resiliente, sostenible y productiva, que mejore los medios de vida.

Tsuamba Bourgou, Peter Gubbels (p. 36)

visita
www.leisa-al.org
y suscríbete

